

DARÍO CAVADA C.

**VIDA
ISLEÑA**

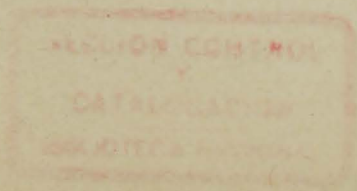
NOVELA DE
COSTUMBRES
LUGAREÑAS.

ANCUD, 1914

Imprenta Central, J. Lampert, Valdivia

VIDA ISLEÑA

NOVELA DE COSTUMBRES
LUGAREÑAS. =====



DARÍO CAVADA C.



VIDA ISLEÑA

NOVELA DE COSTUMBRES
LUGAREÑAS. =====

ANCUD, 1914

===== VALDIVIA =====
IMPRENTA CENTRAL, J. LAMPERT
===== 1914 =====





Prólogo.—Advertencia.

AL dar a luz este modesto trabajo, ensayo de novela de costumbres, librenos Dios de la inquina e infundados ataques que sufrimos en 1896, cuando publicamos con santo amor al terruño olvidado del mundo, «Chiloé», (Rasguños acerca de su ilustracion, comercio, agricultura e industria, con algunos lijeros apuntes sobre ciertos usos i costumbres característicos del bajo pueblo) por ciertos individuos no escasos de ilustracion, que creen ver en la pintura de las costumbres populares una exhibicion anti-patriótica con el objeto de zaherir i ridiculizar, con aviesas intenciones, al hermano ignorante i desgraciado.

No nos valió entonces la incógnita con que firmamos aquel trabajito: N. N. N.; estas tres letras fueron descifradas i aguantamos el chaparron de torpes inculpaciones.

Hoi que volvemos a las andadas con mayores bríos, pintando un nuevo cuadro, siquiera sea con inesperta mano, mas sí con amor i relativa fidelidad al orijinal, representado por la familia Mella,

que encarna la trabajosa vida isleña, séanos permitido copiar lo que advertimos en 1896, en descargo nuestro i presintiendo el vapuleo que no se hizo esperar entonces, enseñándonos la santa paciencia i la buena vividora de la prudencia.

«Si he delinquido en este pobre trabajito hecho al calor del cariño a la tierra, culpa será de mi inexperta pluma, no de torcidas intenciones que lejos estoi de abrigar, aun cuando tal sostengan la maledicencia i la ignorancia.

Si por desgracia he dicho algo que pudiera herir la necia susceptibilidad de alguien; si algunas veces he pintado costumbres reñidas con el espíritu moderno, fíjese el lector que trato de sencillos campesinos que no conocen mas cielo que su cielo,» i que en las rejiones del centro i norte de Chile hai tambien mucho pan que rebanar, esto es, costumbres populares orijinales, que ojalá encontraran tambien honrados pintores, para el enriquecimiento del jardin recién cultivado del Folklorismo chileno, alma, vida i corazon de nuestro homojéneo i pujante pueblo, que ayer paseó su tricolor triunfante por la ciudad de los Virreyes i hoi pasea su arado i su picota por las entrañas de esta tierra, pródiga madre de héroes i pródiga nodriza de sus hijos.

D. C. C.

Ancud, 6 de Junio de 1914.



Vida Isleña.

CAPÍTULO I.



ERAN del villorrio de Chonchi o mas bien dicho de sus alrededores; vendieron el terrenito de sus mayores, con las quince cabezas de ganado lanar, el par de yuntas con sus dornajos, media docena de cuchis playeros, flacos i cerdudos, los dos caballejos mulatos, fuertes i parcos, tan apreciados fuera de la Provincia por su exigua talla, i la casita solariega con su correspondiente caedizo a un costado i el inseparable campanario pajizo a diez varas de la cocina.

La familia se componía de D. Usebio i su señora doña Pancha, de sus hijos Mañuco, Coché Maía, Maica i Llollo.

No era posible ya seguir viviendo en aquel lugarejo solitario en que la vida se hacia cada año mas difícil i las buenas disposiciones de los niños exigían otro campo de accion mas vasto.

Ancud o Valdivia eran ahora las aspiraciones de esta familia, que no medraba pronto i lo suficiente, para *poner cuarto* surtido, como lo habian hecho D. Hilario, D. Bauchi i D. Reusindo, burgueses de aquella tierra, que despues de afortunada pesca i salazon de robálos, con su ahumadura de piures i cholgas, realizados a buen precio en la plaza de abastos de Ancud, habian vuelto con un buen cargamento de *percalas*, tocuyos, sal, ají, tabaco i varias pipas de vino i aguardiente.

¿I ellos? ¿Por qué no podian salir avantes en una empresa tal?

No era porque D. Usebio fuese paisano flojo o aficionado a echar su chancha de *correlativo* entre pecho i espalda. Él solo, ayudado de sus hijos, creciditos ya, *solteros* que daba gusto verlos, araba su tierra con las inseparables i lucientes *lumas*, i mientras Mañuco, el mayor, sacaba el guano del ganado con la yunta Pampino i Cordillera, Coché Maía servía de palanquero en la *voltiadura*.

¿Aguardiente? Ni verlo, solo en las *fletaciones* que se daba doña Pancha, cuando la agarraba el reuma en las piernas, i esto, con sal i tabaco. La chicha era otra cosa, con ella podían hacerse algunas gárgaras, con dos o tres cachadas de un novillo charol, que se le había muerto empantanado, hacia ya varios inviernos, en el *ciéneo*.

Realizada, pues, la venta de la propiedad, cuyo capital, amarrado en un pañuelo de cuadros, de los llamados yerbateros, colocado en el fondo del baul, i envueltos los demas cachivaches en los *cubijos* mas bien presentados, se embarcó la familia Mella en la balandra de D. Bauchi, que enviaba en esta

ocasion un buen cargamento de papas chapedes i coráilas para la plaza de Ancud.

—¡Adios! compadre Reusindo, decía D. Usebio desde la proa de la balandra «Esmeralda»; no se olviden de mandarnos escribir a Ancud; ya saben que mi casa está en la Punta de Piedras, i que ahí tienen su alojó, con la comadrita Quechi, cuando vaigan pallá.

I aprovechando un hermoso dia del mes de Setiembre, con viento sur por la popa, mandó el patron surjir el *sacho* i levantar la vela, despues de haber hecho la merienda de la mañana, una buena ulpada de harina tostada con linaza, guardada en el pellejo de un cabrito nuevo; media *leuca* de trigo chilote por cabeza i una llingada jeneral con su correspondiente pase o entrega del pucho a las mujeres, para calentar sus estómagos i consolarse de la pena de la partida, que el pitar adormece el hambre i el dolor.

Surcó por fin la Esmeralda los pintorescos canales del Archipiélago, rumbo al norte.

Puqueldon, caserío en alto, de la isla de Lemui, primero; despues, Dalcahue, Achao, Tenaun, Quicaví i Quemchi, fueron los puertos ribereños que la tripulacion iba marcando con señaladas muestras de contento, ya que el sur seguia tenaz empujándolos por una agua tranquila, llena de sinuosidades preciosas, con orillas cubiertas de una vejetacion lujuriosa, alternada con papales i trigales en lozano desarrollo.

Aquí una casucha con su campanario, arboleda i siembra, mirándose en la tersa orilla; allá, en el alto barranco la capilla, con su casa ermita al lado i mas distante el cementerio modesto, con su gran

cruz de cipres, todas construidas por el mismo estilo, la nave central separada de las laterales por una corrida de columnas sencillas; unas pintadas i hablando así de las comodidades del villorrio; otras a la rústica, medio destechadas o inclinadas, mas que a causa de los estragos del tiempo, por la incuria de sus feligreses.

— Acércate, Llollo, dijo D. Usebio, i pásale al patron este pedazo de cuchí, i vienes lueo por la copita de *juerte*.

¿Qué te parece, Pancha, maña, ya vamos dentro en Quemchi. Mira, aguaita las rumas de maera de estos judíos. Cuasi hai tanta juerza como onde D. Licanor, en Melinka, aunque aquí no diviso jota de aciprés.

— ¿Pa qué demontre quedran tantas maeras esos despacheros? decía doña Pancha.

— De juro que pa hacer casas pué, mujer. A tío Pedro le oí decir que en Valdivia estan levantando unos caseríos mas grande que el Majestic de allá.

Mientras tanto la Llollo i la Maica se calzaban i fajaban sus refajos de lana carmesí, porque habian de bajar al puerto por conocer el pueblo i comprarle tabaco a su padre.

I al arriar el sacho la ventruda Esmeralda, gritó fuerte el patron: avalicen, niños, las bayonas del bote i a tierra a hacer *quelcun*, que la virazon de norte nos va a embromar lo justo aquí.

Dentro ya del bote la familia Mella, con sus trapos domingueros, largóse la amarra de quilineja i en dos o tres paladas llegó la proa a tierra, a estrellarse contra los cascajos de la playa, en medio de una sonajera de nueces desparramadas.

Como aun quedaran los costados del bote rodeados de agua, los mozos de la balandra, con la espalda encorvada, esperaban pacientes a doña Pancha i a las niñas, que con las polleras entre las piernas, hechas un ovillo, se colocaron a horcajadas sobre sus conductores.

Algunos marineros de los dos buques que cargaban madera en Quemchi, i tres o mas muchachos playeros desocupados lanzaban sus pullas a los pasajeros.

—¡Juasus con los refajos, paisanos; se le cortó la pretina, señora; qué *raguayes* tienen las chicas!

—¿Qué ijerón? decía la Lollo, que era la mas despierta, como que habia estado varias veces en Castro i una en Ancud.

—¡Miren los sucupados! ¿qué no tenrán otra cosa que hacer pué. Nojotras no somos de los *Payos*, pa que se liviertan. Vean lo enterados que los han de ver?

—Así me gustan las chicas, decía un marinero obsequioso que se había acercado al bote, para ayudar a arrastrarlo mas a tierra. No tengan cuidado, niñas, aprieten bien las piernas, que los caballos son mansos.

I D. Usebio con sus hijos, callados, entre risueños i ofendidos, llevaban el compas del ¡hala! para dejar en seco el bote.

Metióse la familia Mella en el primer despacho que halló a mano, en donde despues de *sacar sus faltas*, echar unos cuantos tragos i recias pitadas, dieron su media vuelta por el pueblo, de a uno en fondo, como es costumbre entre la jente campesina, rodando la conversacion desde la vanguardia a la retaguardia.

Aquí era una parada, para descansar de las apreturas de los tiesos calamorros; allá otra, para oír un gangoso fonógrafo, que dentro de una provista tienda embobaba i reclamaba con el canto, «si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona.»

Hasta que rendida la familia del largo paseo, volvió a bordo de la balandra para cenar un guiso de papas con restos del cuchí degollado en el último San Juan, i arreglar despues los *cubijos* bajo la vela de la embarcacion, colgada como tienda de campaña sobre la levantada botavara de la Esmeralda.

CAPÍTULO II.

SUCEDIÓ como dijo el patron. Negros nubarrones comenzaron a surcar veloces el espacio, a mui poca altura, empujados por el despiadado Norte, que tan malas jugadas hace con los pobres marinos ribereños del Archipiélago.

A medio dia, verdaderas mangas de agua oscurecieron el horizonte, i calaron hasta los huesos a los pocos lazonis que seguian en la playa, contemplando el cabeceo recio de las embarcaciones fondeadas, que tiraban de sus cadenas o del cordel de *quilineja* de los *sachos*, como fogosos potros que piden rienda.

Acurrucada la familia Mella con los tripulantes de la Esmeralda, bajo la vela parchada de la nave,

hacian tanto caso de los aguaceros, como del sultan de Marruecos. I es que la costumbre de presenciar espectáculos semejantes, en toda la estension del Archipiélago, hace mirar con indiferencia este estado casi habitual de las rejiones del Sur, en donde se dice hiperbólicamente que llueve trece meses al año.

Doña Pancha i las niñas encandilaban el fuego en un brasero trajinado de *cancagua*, sobre el que se levantaba orgulloso, con un tufo a papa hervida con ajo i ají, el pródigo caldero sentado sobre sus tres zancudas patas. Mientras se preparaba la coecion de estos sencillos alimentos, contaba el patron entre chupada i chupada de su *llingue* pestilente de mal tabaco, las aventuras de su vida de marino costero.

— Lo ví dos veces, decía, i no estaba livertido siquiera, a bordo no había ni agua. Apareció una noche oscura frente a Quicaví. El maldito iba alumbrado como un velorio de rico. Toitos los que estabámos en la cubierta nos persinamos i quedamos cuasi tiesos de susto. A bordo del Caleuche todo era música i liversion.

— Eso no es nada, exclamó D. Usebio, interrumpiendo al patron D. Juanchito. Peor fué lo que les pasó a dos vaquerós de D. Licanor; la historia de éstos la escrebió no se qué fiscal de Castro i que ahora mesmo vuá recordar pa que vean los malos hechos de esas *fiuras*

Esa noche estaba oscura
i caía el aguacero.
Acércate aquí, aparcero,
que tengo gran amargura
pues no diviso el sendero.

¿Qué haciendo aquí sin candela,
perdido en este camino?
¿Si será, pues, mi destino,
ya que naides me consuela,
morir esta noche oscura?

Vaqueros eran los dos,
acostumbrados al lazo;
pero pedían por Dios,
en tan tremendo embarazo,
que los sacaran veloz
de donde estaban perdidos,
en un mui grande barranco,
temiendo que a cada tranco
fueran abajo caídos,
aunque vaqueros los dos.

Mas, redepente una luz
mas a éscuras nos dejó;
Dios me valga i buen Jesus
que no sé lo que pasó,
bendita sea su cruz.
Sobre la mar alumbrada
comò cosa de otra vida,
nos apareció en seguida
una fragata incendiada,
que todo en ella era luz.

Un zafarrancho al momento
hicieron los tripulantes,
tocando un fuerte estrumento
que nos dejó agonizantes.
I en tan tremendos instantes,
haciendo todos cabriólas

tan solo sobre una pata,
se echaron sobre las olas,
i cuasi el susto me mata
en ese mismo momento.

Uno agarró a mi aparcerero
que no se pudo callar,
le retorció su guargüero
hasta que lo hizo gritar;
i con él se fué lijero
a su barco todo luces,
mientras yo muerto i no vivo,
allí quedé haciendo cruces
solitario i pensativo,
sin tener ya mi aparcerero.

Hasta que al fin mui rendido,
oculto en un quiscalar,
Me encontraron sin sentido
i sin poderme parar,
que estaba como molido.
De buena escapó, compadre,
me dijo el cura José;
que fué por su mucha fe
en la Virjen, nuestra madre,
sea con ella cumplido.

¡Bonita la décima, dijo D. Juancho, el patron;
quién demontre la sacaría de su cabeza. Yo tengo
en Guaitecas un compadre que sabe una juerza de
corridos i romances. El trigo i la plata, El temblor
grande, Luis Ortiz el afamoso, toitos los dice aquel
condenao de hombre!

—¡Juasus la cabeza que tienen algunos cristianos, dijo doña Pancha, sentenciosamente, despues de convertir su pulgar e índice en pañuelo de narices.

Vengan, hombres, vengan, continuó, que ya la merienda está lista. Oye, Maica, pásale a D. Juancho esas *anquentus*. Tú, mira Usebio, ónde demontre dejates las tortillas pué? Esta Llollo condennáa no sé onde tiene la cabeza, mira fiura; aquel bául toito lo *tripuló*, no hai naíta en su luar.

—Dejaló, mujer, dijo pacientemente D. Usebio, con la *apurancia* del viaje, antes mucho hizo la chica, dejante que se *privó* del dolor de muelas.

—¡Juasus! aquella mi máma toito le pone falta dijo la Llollo; aquella su Majca es que no mas le sirve bien.

En platos de barro cocido sirvióse la tripulacion i pasajeros el bien oliente potaje, amenizado con chistes i bautizado con sendas buchadas de vino jeneroso en.... maqui. Persignáronse los repletos comensales i cada uno buscó su acomodo bajo el ala protectora de lienzo, de la Esmeralda, i sobre los sacos de papas de que venía abarrotada la embarcacion.

Poco a poco fué perdiendo su intensidad el viento huracanado, hasta que la plácida luz de una luna llena descendió a raudales sobre la aquietada superficie del mar.

I en la orilla, solo una que otra farola municipal agonizante, lanzaba sus pálidos destellos a los escasos transeúntes de Quemchi, cansados del bregar afanoso de la estiya del laurel, mañú i lumillas, en los dos buques que completaban su cargamento hacía ya mas de un mes, i pertenecientes a la sociedad de Buques i Maderas.

La claridad de la luna dejaba adivinar hacia el este las dormidas islas de Chauques, minas inagotables de mariscos, que surten a las fábricas de conservas de aquel lugar, rival poderoso de Calbuco.

✕

CAPÍTULO III.

UN hermoso día siguió al tormentoso anterior; pero de fuerte viento de travesía, que es el reinante desde el mes de Setiembre i tan temible como el Norte casi, cuando viene acompañado de granizales estruendosos.

Con todo, a las 8 de la mañana levó su sachó la Esmeralda i enderezó rumbo al canal de Chacao, cuya orilla sur sirve aun de asiento al villorrio de este nombre, i de donde partieron los antiguos habitantes que fundaron i poblaron la ciudad de Ancud, en 1768, capitaneados por D. Carlos de Berenguel.

En este Canal que separa la isla de Chiloé del continente, hace años ya trafica un bote pagado por el Fisco, para la conduccion *rápida* de los telegramas, a causa de haberse roto el cable submarino que unía la isla al resto de la República, telegráficamente.

Al salir del Canal, pocas horas despues de haber dejado a Quemchi, la mar boba o boa, como dicen otros, que quedó a consecuencia del temporal anterior, mas el viento de travesía que arreciaba a ratos, comenzaron a trabajar por la proa casi, a

la cargada Esmeralda, que cabeceaba tardía i pesadamente, lo que era causa para embarcar de cuando en cuando gran parte de la marejada que reventaba estruendosamente en su terca i tosca proa, hecha a mares mas bonancibles, como son los de los canales.

Doña Pancha i sus hijas yacían mareadas sobre los zarandeados sacos de papas, pidiendo a la Virgen de Candelaria de Carelmapu i al Señor de Cahuache que las librara de un probable naufragio.

Mañuco i Coché Maía desalojaban con palan-ganas de madera, achicaderos, el agua que anegaba el fondo de la nave i corría como loca adentro, movida por los continuos vaivenes.

Con la mirada llena de asombro, D. Usebio se aferraba convulso del palo del velamen, mientras el patron, firme en su puesto, contraído el fuerte brazo, no descuidaba la caña del timon, indiferente como todos los isleños navegantes al mal cáriz del tiempo.

I así siguió esta situacion por espacio de largas horas, haciéndose cada vez mas desesperante, hasta que al pasar la Esmeralda entre la costa i la isla Cochinos, frente a la boca del rio Pudeto, una violenta racha la desmanteló, arrebatándole en jirones su vela llena de remiendos i dejándola al garete, en la parte mas peligrosa de su ruta.

I aquí fueron las lamentaciones de la atribulada familia Mella. Gritos, clamores desesperados de socorro, confusion martirizadora, balances imposibles, golpes sañudos de mar irritada i estridentes gritos de gaviotas formaban un desconcierto pavoroso.

— ¡Amarrarse a los bancos! gritó furioso el patron, como supremo recurso, ya que era imposible.

conservar la menor estabilidad en esa hirviente montaña rusa que amenazaba devorar a la infeliz Esmeralda.

Cundió la alarma entre el caserío de Pudeto, i pescadores sorprendidos por las ráfagas aplastantes, que habían buscado ya abrigo en las orillas del rio, se lanzaron temerariamente a bordo de sus pesados botes, i esquivando con pericia los furiosos mordiscos de la jauría desatada de las olas de la barra, pudieron acercarse a la Esmeralda i tirar un cabo al patron de ella.

I así, al remolque, temiendo a cada momento ver cortado el cable que vibraba a ratos como cuerda de guitarra, pudieron tirar la lancha hasta la boca del rio, en donde una última ola gigantesca la levantó en su lomo erizado para arrojarla despues cuarteada ya sobre la arenosa orilla.

Con vigoroso esfuerzo llevaron los pescadores su bote a tierra i allí prestaron eficaz ayuda a los náufragos.

Todos yacían sin fuerzas en la plaza, con los semblantes cadavéricos. Inmediatamente fueron recogidos i llevados al bote, menos el patron D. Juancho, quien tomado por una ola que se recojía, fué llevado traidoramente mar adentro. Su cadáver salió a tierra dos dias despues, cuando ya no quedaba de la Esmeralda mas que el nombre, grabado con letras de alquitran en una de las tablas que el huracan i el mar, unidos como dos demonios de destruccion, habían esparcido a lo largo de la playa, entre montones de papas, casi sepultados por la movediza arena.

I estos naufragios son frecuentes en los dias tormentosos de invierno, mas que por la fuerza de los

vientos, por la imprevisión i poca vijilancia de las autoridades marítimas i por la temeridad inaudita del navegante chilote, mitad marino i mitad campesino, ser anfibio, que no mide el peligro por el hábito de desafiarlo que tiene i porque no construye sus embarcaciones en condiciones de poder desafiar el mal tiempo, cargadas ademas hasta la borda.

Casi todas sus lanchas o chalupas de comercio, que le sirven para el acarreo de un punto a otro, de sus productos agrícolas o de pesquería, son cortadas por el mismo patron, como se dice; en esto no hai innovaciones, así las construyeron sus padres i sus abuelos i así estan buenas; los mayores sabían mas que ellos.

Diez o doce varas de quilla, proa saliente i tosca, popa cortada a pique, cuaderna amputada o ensamblada, sin mas tablazon que la que va en contacto con el mar, calafateada a machete limpio con estopa de alerce, cuando hai, en caso contrario con trapos viejos; sin alquitran ni pintura alguna exterior; sin mas cubierta que el castillo de proa, todo lo demas abierto a las lluvias i a las traidoras reventazones del mar; con un cordelaje de quilineja, pocos estais de cabo manila i velámenes surcidos a puntada cundidora; un nombre poético en la popa, con letras i ortografía desusadas i marinería mercenaria, que las mas de estas naves son vehículos de arriendo i ¡zarpe! a correr la gruesa aventura por un mar casi siempre borrascoso.

En una casita de Pudeto fué mui bien atendida desde los primeros momentos, la desgraciada familia Mella. La jente del pueblo tiene en inmensa mayoría un corazon jeneroso i caricativo ante la desgracia ajena, como no lo tiene quizá gran parte de

la jente acomodada. I es que las comodidades de la vida hacen a los seres egoistas i duros, i las miserias i estrecheces probadas a diario son escuela de compasion i caridad.

— Nuestra Madre Candelaria, decía doña Pancha, pocos dias despues del suceso, me hizo el milagro. Onde van creer ustés que así pecaóra como me ven, nunca en la vida de Dios he dejado de cantarle su salve en mi casa con mis chicas; dos años no mas hacen que no voi a su fiesta en Caelmapu. Però si Dios, mi chachita, me da juerza, salud i vida, manda fengo i con Usebio me voi pa Febrero. Cuatro velas le llevaré por milagrosa.

I con lo encapillado, como se dice, la familia Mella se fué una mañana a su casa de la Punta de Piedras, barrio de la Arena, en Aneud. I allí comenizó el aprieto mayor de la familia: el buscar acomodo a Coché Maía i a Mañuco en el pueblo, a D. Usebio i a las dos mozas.

Los dias eran cortos i la espera larga, por esto Mañuco se decidió a sentar plaza de pescador i Coché de fletero; D. Usebio tenía, como todo chilote costero i avezado en mingas, sus trazas de carpintero, i así entró a una carpintería como acepillador i machimbrador. La Llollo, como pizpireta que era i del ojo vivo, con una carita retozona i no mal parecida, de ojos verdes i pelo hermoso castaño, entró de niña de manos en un hotel de la ciudad; la bondadosa Maica ayudaba en la casa a su madre, en los quehaceres domésticos, lavado i cocina.

Todos los sábados en la noche, se reunía en su modesta casita la familia Mella, pues en los demas días sus ocupaciones los mantenían dispersos.

Doña Pancha i la Maica ferriaban entonces al

resto de la familia con una buena fritanga de empanadas o sopaipillas, unas veces, i otras, con un picante guiso de cholgas o una sartenada de milcao colado.

I daba gusto oír las opiniones que sobre sus patrones, el pueblo i costumbres de la capital del Archipiélago emitían los miembros de la familia.

—Ya tengo cuasi *jundío* mi cepillo, decía D. Usebio; bien aprovecha el patron los veinte riales que me pasa diarios. Ni pitar a gusto me dejan; me dan una maera verde tuito ojos. Aquellas mis manos, mujer, ni pizca de uñas tienen ya.

— ¡Mas fregao es mi trabajo, decía Mañuco, i eso que a mí me tienen de *guapo* tuavía. Les paece poco a ustés, padre, botarse mas de cien veces al agua con el cordel de la red a cuestras ¡hala! ¡tira! ¡afloja! ¡sacude! entre las filudas piedras de la playa. A mí tambien cuasi no me quedan uñas en los pies. I aquellos pejerreis malditos, en cuanto me tiro al mar, ni onde estuvieron, ni verlos. Si no fuera porque el patron nos da una buchada de correlativo, me recondenara de frio. I otra que aquella endemoniada jente de la plaza de abastos recatea tuito, quieren los rabálos de balde; si vieran cuanto paece un cristiano por pillalos, no fueran tan recatiadores. Ahora andan tambien, pa mas recacha, unos indios fiuras de Caipulli, que nos hacen la contra, dicen que hai varazon de pescao en Pudeto, una juerza de cardúmen.

—Eso no es nada, Mañuco, decía Coché Maía, con la boca llena de pescado seco, sacando de ella espinas por manojos, capaces de atragantar un tiburón.

La vida mas perra es la del fletero; rema i

rema, hijo mío, pa descuerarse las manos, i too pa qué? A veces volvemos de abordo con un solo bál i sin pizca de pasajeros. Icen que ahora no es como antes, que se llenaban los botes; ahora toos los caballeros van i vienen en la lanchita del Gobierno. Si no juera, dice el patron Guajardo, por los paisanos que vienen de Valdivia, estabámos fregaos. I tuavía estos salen jutres a veces, por eso antes de llegar al muelle, fondiamos pa que nos paen.

Pero bote mas orzador que el nuestro, onde lo han de hallar, de juro. Saliendo del muelle pa bordo, con travesía de sueste, llegamos en línea reuta al vapor.

La mejor ganancia que hacemos es con los alemaucitos de Valdivia; qué traer tanto bál aquellos condeuaos. Icen que aentro vienen abarrotaos de jéneros, café, azúcar, todo tripulao.

Hoi me enojó la patrona, seguía la Llollo, porque tenía mi dedo metido en el plato sopero que le pasé a un pasajero. ¡Juasus! le dije, doña Clara, por tan poco se arrepelan. ¿Qué mas tienen mis manos pué? son conforme las de todos los cristianos.

Los otros días me ijeron que m'iban a descontar es que un plato i un vaso que caí, como si yo lo hubiera hecho de *humor*. Un alojado, diablo de fiura, me peñizcó en el pasadizo i yo le largué un trompazo con plato i vaso. ¡Já, já, já!

—Bueno, bueno, decía doña Pancha, mas juicio, muchacha, i a ver como juntamos unos rialitos pa la fiesta; miren que estamos ya ¿cómo, Usebio?

—Hoi es 24 de Enero, pues, mujer; saca tu cuenta, Mañuco, pa cuándo es Candelaria. I contando éste con los dedos, ocho días no mas queda n, dijo.

— ¡Ai! madre, la tengo atravesada como un hueso en el coote, hasta que le cumpla mi manda; me parece que no va llear ese día. Ya estamos palabriados con mi comadre Colla pa ir en la lancha de D. Paico.

I así terminaban estas veladas de los Sábados. Los dos mozos pies con pies, sobre el estrado, bajo el amor de los cubijos rameados de rojo. Las muchachas i don Usebio con su compañera en otra salita, en dos camas, si no lujosas, limpias.

En las paredes, oleografías de la Emulsion de Scott, i sobre la única mesita de la sala una Virgen en su nicho de madera, trabajada de ciprés, por las manos de la famosa santera de Notucó.

En la mediagüita pegada a la casa, había también dos seres que no hemos mencionado. Apenas instalada doña Pancha en su casa, sentía las nostalgias de sus tierras de Viluco, sus animales i su huerta, i para adormecer o engañar este sentimiento, D. Usebio, con la paga de la primera semana de trabajo, le compró a su mujer un chanchito quetal-mahuino, i Mañuco completó la dotacion de animales de la casa, con un quiltro que le regaló su patron, el tuerto Mansilla, i dos gallinitas *trintes* que compró en Pudeto a una robusta muchacha de Puranqui.

Así es que Copito, el quiltro rabricorto, i Poroto, el marranito pintado i cerdudo como puerco espin, vagabundo de las playas del Morro i aun de Punotru, gran desfacedor de jibias i amigo paciente de tiuques piojeros, dormían sobre la paja ratonera del chiquero, unidos a la familia Mella por los lazos de la gratitud.

CAPÍTULO IV.

LEGÓ por fin el suspirado 2 de Febrero, fiesta de la Vírjen de Candelaria, en Carelmapu. Afluye allí gran cantidad de jente i no solo de casi todo Chiloé, sino tambien de Llanquihue i Valdivia.

Todo el Archipiélago, de Ancud a Guaitecas, se pone de pié, bien trajeado i se dirige a esta fiesta en embarcaciones embanderadas; parte van por curiosidad, parte por cumplir sus promesas o mandas a la Vírjen, i parte por negocio i por la jarana que empieza uno o dos dias antes del 2 i que continúa otros tantos.

Es una especie de feria en que los huasos jinetes esponen su destreza i arrojo, los caballos su agilidad i ricas monturas enchapadas; mientras los quesos de Maullin i Osorno, la mantequilla de Puerto Montt i las bebidas alcohólicas se encuentran a pedir de boca i a precios mui bajos, en varios e improvisados puestos sobre el suelo arenoso de Carelmapu, cuyas playas llenas de dunas amenazan sepultar ese antiguo caserío.

Es una fiesta híbrida, entre cristiana i pagana, en que se mezclan los himnos sagrados con los cantos báquicos, la relijiosa devocion, la fe sencilla, con el escándalo i la indiferencia.

La popular cueca suele convertirse en baile de bacantes i sátiros, una vez que el guachacai o correlativo ha circulado con profusion; i entonces vienen los robos i pependencias en que se hiere i a veces se asesina a traicion, por quítame estas pajas.

La iglesia abre engalanada sus puertas para recibir la gran cantidad de ofrendas que llevan las jentes piadosas. La imagen de la Vírgen luce ese día sus mejores adornos.

Se cuenta que, en épocas pasadas, deseando la autoridad eclesiástica trasladar la imagen de Candelaria a otro lugar, fué imposible levantarla de su pedestal por mas esfuerzos que se hicieron, i aun el mar alborotó horrorosamente su superficie para impedir que las embarcaciones salieran del puerto.

El 1.º de Febrero lucía un sol espléndido de verano, una suave brisa del sur hinchaba debilmente las velas de los botes i de las lanchas, que, con sus banderas al tope i repletos de pasajeros, en su mayor parte mujeres, cuyos pañuelos de rebozo i faldas de abigarrados colores, matizaban alegremente los oscuros cascos de las embarcaciones, como toscos maceteros de barro que contuvieran flotantes sobre el mar azul hermosos ramilletes de variadas flores.

El embarque se hacía simultaneamente de varias partes de la orilla, por los botes de las balandras: desde el Muelle, desde la Punta de Piedras i de la Arena brotaban los *romeros*, que si no iban a *Roma*, como los peregrinos de antaño, iban a una de sus dependencias.

En este extraño i anual éxodo del pueblo chilote para las playas de Carelmapu, se observan invariablemente los usos i costumbres de muchos años atras, i a pesar de las desgracias que frecuentemente ocurren al regreso, por los fuertes vientos de travesía que se levantan de improviso en esta época, la devocion no cesa un punto, las mandas siguen llenando la sacristía del templo o la despensa del

Cura de velas de cera, esperma o sebo, para surtir a muchas iglesias necesitadas.

A los tres puntos de embarque seguía afluyendo el pueblo, en cordon interminable, con sus guitarras, acordeones, braseros, artesas de amasar i lavar, mesas, bancas, cajones de botellas i pipas de aguardiente.

Doña Pancha, con su pollera de percala azul i pañolon de color cereza, pañuelo vistoso al cuello con broche enajado de pseudos brillantes, esperaba impaciente el regreso del bote de abordo.

Don Usebio, libre del poncho de carro campesino, con su terno flamante de casineta, no sabía si meterse las manos en los bolsillos o cruzar los brazos para atras, mientras consumía rápido en cada chupada, su fullingue metido en el espacio libre del diente que le faltaba.

La Lollo, metida en el corsé de su señora, perdía parte de su vivacidad por sentirse incómoda; pero en cambio ganaban sus colgantes pechos i anchurosas caderas, que se salían de madre por entre las barbas de ballena.

Solo la Maica permanecía quieta, con su vestido a la antigua usanza de su tierra, falda i chaqueta cortas i amplias, bien pretinada la primera sobre los muslos, con dos o tres vueltas de cordon de hilado, que disimulaba el vuelo de la chaqueta.

El resto de la familia, Mañuco i Coché Maía, no estaban allí, ambos se ocupaban en el bote de Palma, el corraleño, en llevar pasajeros a Carelmapu i ya habían efectuado dos viajes.

—¡Como *dilata* aquel judío de bote! decía doña Pancha impaciente; si parece que estuvieran lo mismo que pegaos en la mar.

—Es que en l'otro viaje trujo *güiros* el timon, máma, dijo la Lollo; ¿no ven ustés que la mar está llena de sargazos?

—¡Jueto, maña, pa una lamillada quisiera yo tener ese abono, de juro que dieran las papas sin destino, una juerza!

—¡Ah! se aneara de papas el soberado, que juera una bendicion de Dios, contestó doña Pancha.

Volvió, por fin, el bote lanchero a tierra, haciendo agua miserablemente por su tablazon medio abierta, i comenzó el embarque de las mujeres, conducidas *hecho chequi*, sobre las espaldas de los marineros i ¡a bordo! con las enaguas i vestidos recojidos a media pierna, i éstas en alto para evitar el agua del bote.

Era la última botada que esperaba D. Paico para levar ancla, por eso ordenó:

—¡Surjir la vela, niños; tú, Pejerrei, marcha vete al botalon i asegura el foqui! ¡Cuidado con la botavara, mujeres, vamos a poner la vela como oreja de burro!

I se largó mar afuera la balandra Amalia, con un coqueton cabeceo, como diciendo al puerto: «hasta luego, hasta luego». Pasó orgullosa por la proa del Intendente Rodríguez, que tocaba su pito de llamada, estruendosamente, medio recostada de babor, por la mayor aglomeracion de jente que tenía por ese lado, ansiosa de ver como la ciudad marchaba suavemente hácia atras, panoramicamente, como en cinta biográfica.

A bordo todo era algazara i risas; chascarros verdes de viejos verdes, lobos de mar, hacían estremecer con risas nerviosas los pechos i vientres de las mujeres tendidas en la cubierta; las mozas ras-

gueaban las guitarras campesinas, ahumadas como jamon por el humo de los fogones domésticos, hacían chillar el acordeon parchado, veterano enronquecido en las contiendas nocturnas de los sábados.

Solo la Llollo, afirmada en un estai de estribor, mantenía con Pejerrei, el factotum de la balandra, muchachon listo i travieso, marinero de la Amalia, desde la edad de 10 años, cuando su finado padre la capitaneaba, i a quien llamaban así sus compañeros de a bordo, como pudieran llamarlo trucha, lo que hubiera sido mas acertado, por lo delgado i escurridizo i pillo.

—No me haras lesa, decíale la Llollo, eres casao i recasao; si no juera *asina*, no lo diría la jente. Los otros días Mañuco, mi hermano, te vió con tu *peúchica* mui arrumaditos. ¡Já, já, já!

—¡Miente Mañuco! exclamó Pejerrei; claro que uno tiene sus amistades; pero ende áhi no he pasao. La *Julli* me quiere, pero yo ni esto, porque sé que el sarjento Cárdenas le hace la cruza.

—Nojotras pobres seremos, decía la Llollo, pero honraas hasta la pared; Mellas somos i no mella-das i vos sabes lo que cuesta tener una mella bien cocida. I al mismo tiempo que hacía inconcientemente el juego de palabras, hacía la doble jugada de darle un fuerte *lapo* a Pejerrei en la mejilla, de una manera coquetona.

Envalentonado Pejerrei con esta muestra inequívoca de complacencia, o cariño chilote, como dice la jente del pueblo, aunque sea un trancazo en la cabeza, se atrevió a tomar de la cintura a la Llollo, mientras con la otra mano pretendía darse cuenta cabal de la realidad exuberante de los emballenados hemisferios.

—¡Vean lo agudo, lo enterado que lo han de ver, gritaba la Llollo, entre risueña i enfadada. Dejesé le icken, no me ruempa el canesú de la Señora, que tuavía no he pagao!

—¡Anda! Usebio, hombre, ¿no ves que la Llollo le estan faltando el respeto? decía doña Pancha.

—Si se lo hacen de humor, mujer, no ves vos que es Pejerrei, el hijo de nuestra vecina, la señora Peocha?

I así en toda la navegacion, que duró casi dos horas, la Llollo i Pejerrei siguieron su interrumpido coloquio, perturbado por los avances del muchacho, acostumbrado a las exploraciones.

La playa de Carelmapu presentaba un hermoso aspecto con el bullicio i movimiento de las multitudes i el vaiven de las embarcaciones, cuyo número debía multiplicarse al día siguiente, pues son pocas las personas que se anticipan a la fiesta para su mejor negocio i acomodo.

No entraremos a narrar minuciosamente lo que es la fiesta de Candelaria en sí, las hai similares en Valdivia, Punucapa, en Andacollo etc.; bástenos decir que doña Pancha dió cumplido fin a su manda, yendo con una vela encendida en cada mano, acompañada de su marido i de sus hijas, desde la puerta del templo hasta los pies de la imagen venerada, no caminando, sino avanzando de rodillas i besando el piso o *enraje*, cada dos o tres varas.

Si el lector quisiera aun mas detalles sobre este periódico acontecimiento relijioso que tan profundamente conmueve el fervor del pueblo chilote, damos a continuacion un romance recogido pacientemente, interesante por lo gráfico i sencillo:

LA FIESTA DE CANDELARIA.

Ya se prepara la jente
de Calbuco i Puerto Montt,
lo mesmo en Castro i Añao
i en Ancud, pa la juncion.
Ya levantan sus banderas
balandra, bote i vapor,
i en los despachos se vende
aguardiente del mejor.
La fiesta de Candelaria
se celebra el dia dos,
i es en el mes de febrero
como el año que pasó.
La jente, gran tripulina
arma con esta ocasión,
se embarca con mucho gusto
para ir a la juncion.
Unos van por cumplir manda,
otros por vender licor,
otros para echar su cueca
en aquella liversion.
En los botes i las lanchas
todo es una confusion:
gritan mujeres i chicos
cada uno con mas voz.
Hasta que ya preparados,
manda mui juerte el patron:
«surje vos pronto la velá,
marchavete al botalon.»
El viento es de travesía
i pega por el babor;
van esas lanchas tumbadas
i adentro gritan ¡adios!

Al llegar a Carelmapu
todo es una animacion,
repican mas las campanas
i comienza la juncion.
La iglesia se llena al tiro
por oir misa i sermon,
por ver a la Candelaria
vestida de gran primor.
I despues sobre el altar
se forma un grande monton,
son los cariños que traen
los fieles con devocion.
De rodillas aquel hombre
ahí se arrastra con dolor,
una vela en cada mano
por cumplir lo que juró.
Aquella, besando el suelo
con una grande afliccion,
al altar se va acercando
i áhi su manda cumplió.
En hombros sacan la Vírjen
i mas brillante que el sol,
dan la vuelta por el pueblo
i cantando una oracion.
I aquí concluye la fiesta
i viene otra liversion,
suenan todas las guitarras
i mas chilla el acordion.
Las fritangas de empanadas
se las comen de un tiron;
venden sus quesos los huasos
i no abastece el licor.
I comienzan las peleas
i va i viene el bofetón,

i se echan las topiaduras
frente al macizo varon.

I cuando se acaba el día
todos, de un solo tiron,

a embarcarse van de nuevo
hechos una compasion.

Las guitarras sin sus cuerdas,
resollando el acordion,

botellas i pipería

ya sin pizca de licor.

Ya vuelven las lanchas todas

con mui fuerte ventarron;

viene del Faro cargando

por la proa i estribor.

I se arma otra vez a bordo

una horrible confusion;

mariada viene la jente

de tanto mar i licor.

Los ojos amoratados,

destrozado el pantalon

i sin cobre en el bolsillo

que todo allá se jundió.

Las mesas vienen sin patas

i la artesa se rajó,

el sarten sin pizca e mango,

todito se agujerió.

Mui tristes i pensativos

llegan al Muelle en monton;

«de la fiesta ahora vengo»,

contestan a media voz

aquellos que antes gritaban

tan fuerte como un cañon.

I así concluye la fiesta

hasta prúxima ocasion.

Así decía también doña Pancha, con lágrimas en los ojos: «hasta el próximo año, Señora Madre; gracias por tus favores de sacarnos con bien de aquel sufragio terrible de Pudeto.»

Don Usebio, en tanto, medio achispado todavía entre la retozona Lollo i la apocada Maica, tiron por aquí i jalon por allá, andaban buscando a Mañuco i Coché Maía, quienes se habían remontado i no querían volver con la familia a la lancha de D. Paico, lista ya para zarpar.

Había de pesarle un poco mas tarde a D. Usebio, haber tratado duramente a Mañuco, diciéndole: ¡borracho! ¡mal hijo!

—Váiganse no mas, padre, contestaba tenaz Mañuco; yo tengo que volver en el bote de mi patron con mi hermano. No me voi hasta que se reúna la jente i acabe la liversion.

—Tú veris lo que haces, el norte viene soplando i no te vaiga a castigar nuestra Madre Candelaria.

I se embarcó la familia Mella, menos los dos muchachos, de regreso a Ancud.

Sucedio lo que es mui frecuente. Se oscureció el cielo i comenzó a soplar un violento huracan de norte. Hincháronse a reventar las velas de las embarcaciones i medio tendidas, con un costado a ratos a flor de agua, empezó la lucha tenaz contra el mar embravecido.

Poco a poco i trabajosamente fueron entrando al puerto, empujadas violentamente por la popa, con la jente mareada i clamorosa, que depositaba quejumbrosa por todas partes los excesos del dia, en nauseabunda mezcla, todas las embarcaciones conocidas.

Solo la familia Mella, con la angustia en los semblantes, esperaba ansiosa la llegada del bote que tripulaban los dos muchachos.

Con la llegada de la última lancha que entró pesadamente, medio desmantelada, comenzaron a correr siniestros rumores de naufragio. Se decía que un bote se había dado vuelta, que sus tripulantes habían sido recojidos por el vapor de la Capitanía; pero que uno de ellos estaba muerto; un rudo golpe del palo de la vela, al quebrarse violentamente, rompió la cabeza del piloto.

Un escalofrío de espanto hacía temblar a las madres que esperaban aun el regreso de sus hijos, hasta que la pública ansiedad se calmó con la entrada de la lanchita a vapor de la Capitanía del Puerto, que traía los náufragos.

CAPÍTULO V.

— ¡ÍRGEN de Candelaria! ¡Santísima Madre mia! ¡Qué es lo que oyen mis oídos, Juasus me valga! decía doña Pancha al ver el cortejo que entraba a su casa.

Mañueo, el infeliz pescador, con la cabeza partida i ensangrentada, en brazos de cuatro lancheros, era conducido a los brazos de su atribulada madre. Al lado, su hermano Coché Maía, con las ropas mojadas i en desórden, sin sombrero, con los cabellos pegados a sus sienes sudorosas i pálidas, hipaba dolorosamente, i mientras colocaban el cadáver de

Mañuco sobre el estrado, se abrazaba convulsivamente el náufrago salvado, a sus desmayadas hermanas, clamando:

— ¡Ai! hermano de mi alma! ¿por qué no volvimos con mi padre?

Don Usebio, echado a los pies del cadáver de su hijo, con las manos en el rostro, sollozaba quedo.

Era una gritería que inspiraba verdadera compasion; todos los vecinos habian acudido a los primeros alaridos de dolor i en la casa todo era una confusion; solo la madre de Pejerrei, el muchachon listo de la lancha Amalia, conservaba cierta serenidad, que trabajaba por infundirla a la desesperada i clamorosa familia.

— ¡Estaba de Dios, D. Usebio, doña Pancha, decia con profunda conviccion. Así lo quiso la Virgen, nuestra madre Candelaria!

— ¿Qué sacarán en llorar, mujeres de Dios, si ya el pobrecito no siente i está en la gloria?

Arreglemos, mejor, Maica, vos que tienes mas juicio, el velorio de esta noche. Andavete a casa, decia a su hijo, no te dilates na i traes la mesita de la sala.

— Hácele el mate a tu máma, Llollo, i uestes, don Usebio tomen este cigarrito. Piten, compadre, pitén, pa quitar la pena.

Pejerrei, en tanto, ayudado de su madre i de Coché Maía, colocaron el cadáver sobre dos mesas juntas, lo taparon con la mejor sábana de la casa, i en media docena de botellas de cerveza pusieron otras tantas velas, i comenzó el velorio del desgraciado Mañuco. En este acto doloroso e incómodo para los deudos, quienes fuera del sufrimiento que los agobia deben atender sus numerosas visitas, la jen-

te estraña vé un motivo de diversion i acude a él para comer, beber i charlar. En el velorio se ama-
nece i comunmente los hombres estan en una pieza
i las mujeres en otra. Cada cierto tiempo se reúnen
para acompañar en el rezo del rosario. Es inútil
advertir que las conversaciones versan siempre so-
bre el *finado*, ponderando sus buenas cualidades,
(lo que no sucede a los escritores, como reza la fá-
bula) en presencia de los deudos, con chascarros
ilustrativos, refiriendo los deudos a su turno las úl-
timas palabras del finadito, (disminutivo de ultra-
tumba al que el aludido pone orejas de mercader)
i sus deseos póstumos, interpretando todo esto de un
modo misterioso.

Los fritos i las bebidas, como churrascos o so-
paipas, *mistelas* i *fuerte* o *puro* no faltan, i si el
difunto es un infante, se baila porque no debe ha-
ber dolor sino alegría en este caso, desde que el
muertecito va para el cielo, como dos i dos son
cuatro, sin otra tramitacion eclesiástica engorrosa.

A media noche se forman grupos al rededor del
brasero o del fogon, i se suceden los chascarros sin
interrupcion, relacionados la mayoría con los hechos
del finadito o *dijunto* o con apariciones de áni-
mas etc.

Estraña es la manera como las jentes del pue-
blo creen que se manifiestan las ánimas en pena,
que es otra conversacion ineludible de los velorios.
En efecto, el grito de un ave, el silbido del viento,
el roce de una rama, el aullido de un perro etc.
son para ellos manifestaciones inequívocas de per-
sonas de ultratumba.

Otras veces se anuncian las ánimas con tosidos,

quejas, suspiros, o bien ejerciendo presión sobre el pecho del que duerme.

Hai tambien ciertas aves fatídicas, encargadas de presajiar enfermedades o muerte. Así, la lechuza, la vaudá, el chucac, el ñanco i otras si se detienen sobre un techo varias veces, si lanzan un grito al pasar sobre una casa, o si cantan en el camino a la mano izquierda o derecha, presajian invariablemente una desgracia o buen viaje.

En estas conversaciones de velorios se oyen las frases de costumbre, siempre las mismas en todas partes, como las del amor; que el lenguaje del dolor i del placer es uno mismo: lágrimas en los ojos i sonrisas en los labios.

—¡Feliz el que no tiene que paecer!

—Nos lleva la delantera, decía la madre de Pejerrei. I toos tenemos que seguir el mismo camino no mas.

—Válgame Dios lo que somos, decía D. Usebio; quién lo había de pensar, tan bueno que era aquel Mañuco!

—Achispadito como estaba, seguía sollozando doña Pancha, en Carelmapu, «máma me dijo, pa que compren un quesito i roscas fritas», i el pobrecito me pasó un papel de dos pesos, que tuavía lo tengo en mi seno, con el pañuelo que me prestó. ¡Ai! ¡ai! ¡ai! hijo de mi alma!

Al dia siguiente, en una mañana de sol esplendoroso se organizó la compañía de fleteros, pescadores i algunos lancheros i amigos de la familia Mella, que debía conducir los restos del infortunado Mañuco al cementerio. Metido en su modesto ataúd de tablas de laurel sin cepillar, con tres o cuatro coronas de papel de colores, partió de la casa el

mudo acompañamiento, entre los alaridos de dolor de los deudos.

—¡Ya no te veré, hijo del alma, clamaba doña Pancha desgarradoramente. Ya me lo llevan al pantion, Vírjen i Madre mía!

—Deja, mujer, decía D. Usebio, algo mas consolado; ya estaba de Dios que le tenía que tocar la mala!

I acompañado de Coché Maía, Pejerrei i tres aparceros mas, echaron a andar camino del Campo santo, situado en la hermosa i pintoresca loma que domina al rio Pudeto, de histórica memoria.

Allí esperaba ya su presa, con las fauces abiertas, al apuntar el dia, la insaciable madre tierra, que se presta tambien a comentarios a esta jente eternamente supersticiosa; así, como faltó tierra para cubrir la fosa bien hasta la superficie, con lenguaje misterioso dijeron Pejerrei i D. Usebio, al mismo tiempo casi:

—¡Otra desgracia vendrá mas lueo ¿quién de nojotros será?

—Para morir hemos nacido, dijo indolentemente D. Paico, el patron de la lancha Amalia. ¿Cómo quieren que sóbre tierra si los niños apisonaron juerte? Yo no creo naíta esas leseras.

Colocaron enterrada a la cabecera de la tumba la cruz sencilla que D. Usebio encargó a un carpintero del taller en que trabajaba, con su epitafio antigramatical, de letras desiguales i al reves algunas; pero en cambio mui sincero, como el amor de madre, que tan elocuentemente manifestaba doña Pancha, con su sombría desesperacion.

« Ací llasen los rrestos mortal-
es de Manugel Mella, Fallesió
el 2 de febrero de 1P06. »

I mas abajo, simbolizando el agudo dolor de los vivientes, un corazon hidrópico, de color negro, se veía atravesado por la hoja de una espada.

Cerró el sepulturero o panteonero la puerta del recinto i ya afuera todos, una ráfaga de alivio borró de los semblantes el sello de la angustia.

Lucieron los fullingues bajo los hirsutos bigotes i bocanadas de humo saboreado con fruicion, concluyeron por traer un chiste i una sonrisa jeneral.

Todo se había hecho conforme lo usual, nada había faltado, el muerto estaba mejor en su lugar, sin penas ni trabajos, que sus mismos conductores sujetos a la miseria i al bregar continuo. Frente al negocio o despacho llamado «El ferrocarril chilote», la comitiva titubeó, se desorganizó i concluyó por reunirse nuevamente para entrar todos a hacer la mañana. Don Paico pagaba la corrida i Pejerrei se encargaba de pasar el grueso i labrado vaso de puro, de mano en mano.

I entre recias pitadas, sonoras carrasperas i pegajosos salivazos al piso, se fueron trasvasando al estómago en ayunas unas cuantas botellas del diabólico licor, que tanto sirve para calentar los entumecidos miembros del pobre, como para hacerle tomar una borrachera infernal, con su agregado de trompadas, desgarrones de ropa, i conduccion final al duro cepo de un despertar frio, lleno de remordimientos, por la angustia de la mujer, el hambre de los hijos i la pérdida del dia de salario.

Si D. Usebio no visitó ese dia la policía se

debió a la feliz intervencion de su hijo i de Pejerrei, que esplicaron al paco de turno los motivos tan justos de la turca de D. Usebio: espantar los males de su desgracia reciente.

CAPÍTULO VI.

SIGUIÓ despues la familia Mella su acostumbrada vida de trabajos. La Lollo, en el hotel mejor del puerto, siguió haciendo destrozos inconscientes en la vajilla, i provocando con su gracia injénita de campesina fresca i francota, a los pasajeros i pensionistas que la tiraban pellizcos en los pasadizos oscuros i llamaban melosamente Lolita.

Don Usebio daba muestras de un cambio radical en su caracter; se volvía poco comunicativo, de mal jenio, llegaba tarde de su trabajo, sobre todo los dias sábados i casi invariablemente achispado. Solo doña Pancha i la Maica conservaban sus buenas disposiciones domésticas, i resignadas i empeñosas tomaron algunos lavados de familias respetables del puerto i ayudaban así a los gastos de la casa i al repaso de sus modestos trajes.

A fines de Marzo, una nueva desgracia casi enluta de nuevo el hogar de esta familia de vida isleña.

Ese mar iracundo de Febrero cuyas olas iban a morir quejumbrosamente, despedazadas entre los peñascos de la Punta de Piedras, o murmuraban otros dias, al pié de la casucha levantada sobre

recias lumillas, a modo de construccion lacustre, con la dulzura de un arrullo, i que recordaba siempre, terso o hirviente, a la amante madre la desgracia de su hijo, ese mismo mar, con su hálito traidor, estuvo por jugarle una mala pasada a Coché Maía, en uno de sus viajes como fletero, a las costas del otro lado o península de Lacui.

El fletero chilote, único en su especie, pues los demas puertos del litoral de Chile, no tienen el clima lluvioso ni los vientos huracanados de la rejion austral, es un lobo marino nacido entre arrecifes i brumas, i arrullado constantemente por el clamor incesante de un mar turbulento i devorador. Truenos i relámpagós, granizos i lluvias retempláronlo al nacer; la miseria lo arroja despiadada, i es quien mas lucha resignado i varonil por las comodidades de la vida, ilusiones ópticas que solo contempla en su afan por medrar, en esa lucha tenaz que sostiene contra los elementos i contra su propia indijencia.

Inició su ruda vida de marino, talvez a los doce años, desde que pudo manejar con desembarazo i soltura el tosco i pesado remo de sus constantes afaes; desde que aprendió a enarbolar i desarbolar, entre el vaiven de las olas, su fuerte i lijero vehículo, tumba a la postre de sus ajitadas horas; i desde que aprendió finalmente, a mentir su poquillo, a entretener sus ocios con amores i aguardiente i a bregar i bregar sin mirar lo que resta de camino, oliscando como lobo marino los caprichos o veleidades del viento, con sus mil variantes en la movible superficie del mar.

Verdadero anfibio que tanto vive en mar como en tierra, hecho a toda prueba contra las náuseas

i vértigos; de piel aceitosa, por la cual resbalan los aguaceros sin dejar huella alguna; de cabeza mas firme que un peñasco i tan obstinada en la lucha como los recios vientos que lo baten a porfía.

Sus entretenimientos son correr mas i mas a todo trapo, con la frágil quilla al aire; sus ambiciones, sacar la tripa de mal año con una pacotilla de pasajeros bien acompañados de baules i demas adminículos.

En sus ocios, como lazaroni napolitano, pasa el dia tendido boca arriba, sobre algun cajon de mercaderías, medio cerrados los ojos, pensando, pobre triton, en las ganancias que habrá de dejarle ese Posaidon de sus ensueños, arca de su codicia, que las compañías inglesa, sudamericana i puntarenense envían para abastecimiento del Archipiélago, en retorno de los proverbiales artículos chilotes, como baratara, i que hoi han pasado a la historia antigua como tales.

Hai fleteros de fleteros entre los que componen este gremio; la mayor parte de ellos ha navegado en buques i vapores mercantes que hacen carrera al norte, hasta Panamá; con estos viajes han adquirido un cierto barniz ilustrativo i de sociabilidad, segun lo que por tales cosas entienden. Chapurrean el ingles, gastan pipa i camiseta rayada; al hablar dejan notar un tonito de norteco zalamero o dulzon, manejan terminachos exóticos, tienen galanterías inusitadas i cuentan unos chascarros que desternillan, cuando no paran los pelos de punta.

Tales agudezas no pasan inadvertidas ante el gremio, el cual resuelve en claustro pleno, a todo sol o lluvia o dentro del inevitable despacho, con sus colgajos de cholgas, piures i róbalos ahumados,

nombrarlos patrones de bote, suprema jerarquía a que puede llegar el fletero. Los que tan alto puesto alcanzan tienen un gran partido entre los muchachos del oficio, que aun no han corrido mundo: pero no así entre los viejos patrones, que los miran con ojeriza, pues ellos vieron e hicieron mas en sus mocedades que esos fatuos que hoy cuentan haber amado en Guayaquil, hecho el perro muerto en Iquique, dado una puñalada en Valparaíso i naufragado en la Quiriquina. ¡Bicocas! ¡Niñadas! A ellos, antiguos lobos de mar, con mas agallas que un pez, macheteados en California, cuando la sed del oro se apagaba en esa dorada fuente, tan revuelta como disputada i que abordaban en sus lanchas, de tan remoto lugar, sin brújulas ni mapas, fiados a los vientos propicios i a las corrientes favorables.

A ellos, que tienen mas naufragios encima que jarcias una fragata; que han bebido mas agua salada que dulce, durante su vida.

I así se arman las disputas i vienen luego altercados i riñas, que los distraen en sus ocios i que suelen terminar cuando no en una contusion o quebradura, por lo ménos con unas cuantas gárgaras del correlativo de D. Pepe, el mas barato i eficaz confortante i tumbante a la postre.

Pero quien quiera ver al fletero en toda su pujanza i grandeza de ánimo, búsquelo cuando sopla el norte o la travesía, azote ambos de embarcaciones menores i mayores, i entónces lo ha de encontrar diestro, fuerte i admirable.

El viento arrecia por segundos i pasa ya a desordenada borrasca; la lona se infla hasta reventar; se abate el mástil en cada ráfaga; crujen los

maderos como las costillas de ardorosos gladiadores; silban las cuerdas con lúgubres i variados tonos; las olas, en confuso tropel, invaden el pequeño barco por un costado, que corre a ratos bajo el agua, que vuelve incesantemente al asedio por todas partes i en medio de ésta espantosa montaña rusa, en que se sube a los cielos casi verticalmente, para descender a plomo sobre un abismo rujiente, trabaja indiferente el aguerrido fletero.

Mientras unos desalojan el agua embarcada, otros fuman con toda indolencia i los mas rien al recordar sus pasadas aventuras de marinos, con toda la naturalidad de quien descansa en mullida butaca, i todo esto en medio del clamor que levantan las olas, el viento i los graznidos estridentes de las aves que afilan sus picos para el festin.

Solo el patron permanece firme en su puesto, atento el ojo a los ataques sorprendidos de las montañas rujientes i espumosas, contraído i terco al robusto brazo que maneja la caña, nervio de la accion.

I así corren i corren, impelidos, arrebatados por el ajitado aliento de la borrasca, hasta que arriban a un puerto o una ráfaga imprevista los aplasta i arroja sobre las negruscas i despiadadas rocas de la playa.

I así fué como una tarde de travesía, de vuelta Coché Maía de abordo del vapor Magallanes, se estrelló con el Pejerrei i demas compañeros de boga, sobre las rocas casi ahogadas, con mar crecida, que enfrentan a la ruinosa cárcel de la ciudad.

Los sorprendió el ventarron casi al llegar al muelle, venían descuidados, con la punta de la escota amarrada a un banco del bote; si no murieron

todos los tripulantes, fué por la prontitud con que se les auxilió, por estar algunos otros botes con sus aparejos i hombres listos para regresar a bordo, en busca de nueva carga de equipajes. Sin embargo no salió Coché Maía tan bien librado como sus compañeros, pues fuera de algunas contusiones leves se quebró contra las peñas una tibia.

—¡Qué demontres, Juasus! Nunca han de faltar desgracias al pobre, exclamó doña Pancha, dejante que me quitaron el maor, que esté en la gloria, ahora me desgracean al segundo.

—¿Qué tienes, Coché, que tan maanto te ven mis ojos?

—¿Qué no me ven pué, máma, que se me jundió una pierna i que desta quedo desperfeuto por demas?

—¿Pero para qué son tan arriejados? dijo la Maica; que bote va parar en la mar con estos chubascos.

—Dentren pacá, sienten por la sofaita, decía doña Pancha a los compañeros de su hijo, quien como seguía quejándose con suspiros i ayes lastimosos, movió a Pejerrei para ir a buscar al componedor Don Calisto, que vivía por Lechagua.

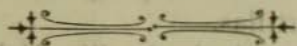
—De juro que naidas mas que él lo curará, decía la madre de Pejerrei, si vieran lo curioso que es; él le arregló el brazo a Juancho, el hijo de mi comadre Encañi. Los doctores no le hicieron ná, ná, mas que hacerlo paecer, una juerza de días. Llegó D. Calisto, tantió el brazo, soba pa aquí, soba pallá, amarra fuerte, bien trincado, i a los veinte días ni onde estuvo la quebraúra.

—No sean lesa, doña Pancha, no vaigan a mandar a Coché al hespital para perder su tiempo;

ahí sanan los ricos no mas, los pobres no les hacen juicio i ahí se quedan hasta boquiar.

Sin embargo, con el informe o diagnóstico de D. Calisto, ocho dias despues, Coché Maía entraba al hospital, para ser tratado de nuevo por el doctor; el contacto del hueso quebrado no era bueno, había que hacerlo en mejores condiciones, i lo que pudo curarse en dos meses, tardó el doble, por esa estraña antipatía que la jente del pueblo siente por el hospital.

Estando ya Coché Maía en vía de una curacion radical, la familia Mella se dió en los primeros dias de Abril una diversion de una semana, en el campo, invitada por un paisano de Chonchi, que dos años atras se había establecido en los cerros de Lechagua en cinco cuadras de terreno comprado con el producto de una buena cosecha de papas, a unos austriacos de Punta Arenas, que pagaron a 25 pesos el saco, mejoradas con cuchipoñis.



CAPÍTULO VII.

LAS casas rústicas chilotas no se diferencian unas de otras. Tienen una sola pieza i cuando mas una division que separa el dormitorio del resto de la habitacion. Al lado está el imprescindible chiquero, en donde yacen los puercos en confuso monton, sobre sus camas de paja ratonera, entre los dornajos que hacen de comederos,

que son un tronco de árbol, ahondado a hachazos, para recibir i contener las cuchipoñis hervidas con los desperdicios de la cocina. Al lado contrario, se encuentra el caedizo, que sirve para encerrar el ganado lanar, cuando no hai campanario, i en donde se levanta tambien el *caitúe*, que es la maroma a donde se encaraman las gallinas de noche.

El techo de la casa labriega es de paja, en los menesterosos i de tabla de teníu o avellano, en los mas acomodados, porque el alerce escasea ya i es caro.

Las paredes son de laurel, madera mui abundante i de poca duracion. Como los vidrios son caros i es costoso llevarlos sin fractura, la mayor parte de las ventanas no los tienen, sino balaústres de madera, por esta razon los frentes de los edificios miran casi todos al sur, por donde mui pocas veces viene la lluvia, i en cambio se desaloja el humo que arroja el nunca descuidado fogon, a cuyo alrededor echa la familia su perezosa siesta invernal, i en donde se cuecen el potaje diario, las papas, el tropon i las tortillas.

La invitacion de la familia Mella era para la cosecha i trilla de trigo, i que dá lugar a diversos festejos, como se verá mas adelante.

Cada trabajador maneja la herramienta llamada echona, que no figura en el diccionario de la Academia; es una pequeña guadaña de filo dentado, con la cual se corta el trigo en manojos que se atan con junquillo (cunquillo) i se dejan orear al sol, colgados de los quinchos de varas entrelazadas, hasta el dia en que se verifica la trilla, cuyos preparativos comienzan con la construccion de la era, si es que no hai campanario ad-hoc.

Dentro de la era se colocan los manojos de trigo. Se reunen, pidiéndolos prestados a los vecinos, seis o mas caballos i yeguas, que son los encargados, a fuerza de marearse dando vueltas a derecha e izquierda al rededor de la era, de separar con sus duros cascos el grano de la paja. Es verdaderamente un espectáculo lleno de admiracion i de colorido. Dentro de la era, el individuo encargado de mantener los caballos en constante actividad; armado al efecto de una huasca, entona cadenciosamente algunos cantos mezclados con una que otra espresion rufiana, como ¡arre, egua mulata que debajo la cola llevas la plata! ¡arre! egua tordilla, que debajo la cola sacas la tortilla!

I como si los caballos se habituaran al ritmo del cantor, graves algunos, retozones los mas, arrebatando a hurtadillas bocados de bien oliente paja, van haciendo saltar con sus lustrosos vasos el trigo, que parece lluvia de pepitas de oro.

Afuera, los gritos de los chiquillos que se revuelcan en los montones de paja trillada, la sazonzada charla de los vecinos i convidados que en alegre corrillo van haciendo correr el vaso de puro, de mano en mano; la algazara de las mujeres, con sus vestidos i pañuelos de abigarrados colores, sentadas a la sombra del aromático i poético arrayan; las sonoras risotadas de las muchachas, que con el color encendido i sus rostros de pascua, charlan sobre el tema obligado de las doncellas, aldeanas o princesas; el dios amor.

I todo este cuadro rico en luz, en colores i en poesía, tiene por marco un cielo azul turquí, una colina cubierta de mirtos i laureles, i un suelo tapizado de yerbas olorosas.

Mientras la Maica hacendosa cocía en la cocina los güilquemes, las papas mallos i la pierna de cordero, ayudada por la dueña de casa i por doña Pancha, D. Usebio se achispaba, visiblemente emocionado al mudo recuerdo de su vendida tierra de Viluco, de su perdido Mañuco i del convaleciente Coché Maía.

Solo Pejerrei i la Llollo, ajenos al bullicio jeneral, aprovechaban bien su tiempo en amorosa charla.

—Las pobres tenemos que servir *esento* no más; ya cuási estoi conforme con ello, si no fuera porque la patrona es tan mala i caprichosa. Fiúrate, Pejerrei, hombre, que un dia porque los alojados me pasan un par de chauchas, raspa i morcilla; que porque la sopera lo caí con comida, sin quererlo hacer, morcilla i morcilla. Nojotros no estamos acostumbradas a estos malos tratos. Los otros dias casi me echó del todo, porque el patron me preguntaba por la salud de Coché Maía, ya creyó la condená que yo le estaba quitando su marido, i ésta fué buena morcilla, pero mas le dió al patron, cuási lo araña, hombre.

—Tú tienes la culpa e todo, Llollo, los otros dias te divisaron con un alojado de tu hotel, aquel alemancito de polainas, conversando mui amable en la plaza d'abastos. Ya me tienes reitío como un cuchí, lo mesmo que si fuera un judío.

—Ya tei dicho, Pejerrei, que mientras no te desapartes de aquella arrastráa, ni pizea conmigo. A honrá no me gana ni la madre que me parió.

—Ya sabes, Llollo, que esa diversion pasó, porque aquella se metió con un milico del Regimiento; él le puso cuarto i le pasa su mesada; yo no toco

pito ya en eso. Claro que ella me busca la paciencia, onde me encuentra. Que cuando te matrimonias, Pejerrei, con tu piuca; que robálo ahumado te vas a merendar, Pejerrei; que buena vida, Pejerrei, con piureles i jamon de cuchi.

—I yo na, pal juicio qué le hago, me hago el leso no mas, la endiablá me achola onde me merece. Como ya oscurecía, cesó la trilla, se largaron a la pampa los caballos i la concurrencia entró a la casa para lograr la cena; concluida ésta entre buenos sorbos de correlativo, cerveza i mas dos botellas de vino, la jente comenzó a mostrarse locuaz i entusiasmada, pidiendo los jóvenes el juego de la paja, endonde entre zancadillas i pellizcos se revolcaban a pierna suelta las parejas, con picantes pullas i recias carcajadas. Se jugó poco despues a la gallina ciega, a la madre quemada, al totoalbo, a corderito sal de mi huerta etc. Hasta que fatigados i sudorosos se echaron todos sobre los mullidos i bien olientes montones de paja.

De repente, una idea feliz pasó por la cabeza de Pejerrei: ¿No sería posible traer al gran Chauques, que estaba en la casa vecina de visita, tal vez atraído en el dia por la noticia de la trilla?

¡Bravo! ¡Viva, Pejerrei! gritó la concurrencia; batiendo palmas. I en un santiamen se largó Pejerrei en busca del músico ambulante, del rapsoda chilote, humilde ciego que gana su vida, acompañado de su inseparable i desentonado rabel; pozo sin fondo de romances, corridos, décimas i canciones populares que corren en el Archipiélago, i él lanza al espacio, con su cascada voz de barífono inculto, en plazas, casas, calles i sobre todo en la nutrida plaza de abastos, endonde sabe embobar a

los sencillos paisanos, con ¡oh flores que naceis tristes, yo te ví como cándido lirio, una niñita que se sentó, pensamiento que vuelas mas que las aves etc. etc. I en tanto que Chauques venía, un mozo de labranza de los alrededores, talvez de Quetalmahue, conocedor de Valdivia, Osorno i la Union, tomó el boquiabierto, parchado i chillon acordeon, i comenzó a tocar una cueca, llevando el compas con los pies, a zapatazos con los calamorros de cuero de lobo, que huelen a gloria, i meneando la cabeza i el cuerpo.

La bandera chilena

de tres colores,

se han tomado a Chorrillos

i a Miraflores.

I a Miraflores sí

i esto no es cierto,

yo nunca teí querío

i no estoi muerto.

De terciopelo negro

traigo cortinas,

para enlutar mis penas,

si tú me olvidas.

Si tú me olvidas sí,

i esto es mui cierto,

como sacarme un ojo

i dejarme tuerto.

I la pareja de D. Usebio, tambaleante, con la dueña de casa, hacían temblar el piso enrajado de laurel, i chillar las cuerdas de él, mal cimentadas sobre trozos ya podridos de madera.

— ¡Aro! compadre i capote, dijo la madre de Pe-

jerrei, con el lejendario vasito labrado i grueso de mistela de apio, cuyas hendiduras labradas dejaban ver años de falta de agua i frote conveniente.

I vuelta al segundo pié de la cueca, con mayores brios por parte de D. Usebio, que ya no salía de un solo lugar, levantando las piernas como pavo en celo; i la compañera con la vista baja, i pasitos de queltehue, le hacía la rueda con toda moderacion, entre gritos i palmoteos ensordecedores. ¡Qué se la ganan don Usebio! ¡hala! ¡huifa! ¡Bien batido el cambrai! ¡Mas guaras!

I el acordeon resollando dolorosamente i el cantor ronco ya: i así es, *mi vida* i así es!

Llegó por fin el suspirado Chauques, jadeante i tanteando el piso con su garrote, rabel terciado al hombro:

—¡Santas i buenas noches, la amable compañía!

—Aquí me tienen los caballeros pa lo divino i lo humano. Venga una gargarita de algo pal musicante que el guargüero está como estopa.

Pasáronle un medio vaso de fuerte, que saboreó con chasquidos de lengua; como toro que se relame el hocico, lamió su hirsuto bigote, tosió acatarradamente i preguntó dispuesto ya: ¿divino o humano?

—¡Humano, humano! le gritó la concurrencia, mas lueo vendrá lo devino.

Afinando su rabel, dijo: allá voi, señores, con la décima el Pintor.

Bajó un pintor del oriente —

a retratar tu persona —

i a ponerte una corona —

con su décima decente. —

En tí todo sobresale:

tu pelo i pulida frente
i tus sienes, alma mía;
no hai dama que a tí te iguale
tan solo el sol cuando sale
a las seis de un lindo día.

Tomarís una dolzura
desos tus labios rosaos;
tus carrillitos torneos
bien hechos de arquitectura.
Labios, cuerpo i cintura
encanto de mi aficion,
¿eres pebra o eres flor?
Te pareces a la luna
cuando sale de su cuna
al bolpe de la oracion.

El pintor se halló turbado,
se le ha turbado el pincel,
porque no ha podido hacer
ese tu cuerpo agraciado.
I yo al verte me he pasmado,
encanto de mi aficion,
que es tu retrato tan bello
como la estrella de Venus;
eres sin comparacion,
del amor divino sello.

—¡Mui corto, D. Chauques, otro, otro!

—Que sea a lo devino, dijo doña Pancha, como buena creyente.

—Allá va, allá va la bolita, pa la mejor señorita, contestó Chauques.

LA NAVIDÁ

La Vírjen con San José
se juntaron en un día,
la Vírjen andaba preñada
que dar paso no podía.
San José se fué por lumbré,
que otro remedio no había;
San José cuando volvió
la Vírjen era parida.
Bajen ánjeles del cielo
para alumbrar a Maria.
Unos bajan los pañales,
otros bajan el aceite
para alumbrar a Maria.
En lo mas alto del cielo
hai una rosa florida,
debajo de aquella rosa
está la Vírjen Maria,
llorando lágrimas vivas
—¿Por qué lloras, hijo mio?
—No lloro por sed que tengo,
ni por hambre todavía,
lloro por los pecadores
que este mundo perdería.

I continuó Chauques indilgando todo el repertorio, entre buchada i buchada, hasta que cansado ya, rompió el arco confeccionado con las crines de la cola de algun mampato, el silencio del chilote stradivarius, con seguidillas, fandangos, periconas, chocolates, restos fósiles de antiguos bailes coloniales, cuando en los zaguanes del caballeroso gobernador Quintanilla, el Aben Hamet español de la soberanía peninsular en Sud-América, las matronas

ancuditanas lucían sus crinolinas i mantones flecados de Manila, de rica i labrada seda, traídos por comerciantes chilotos desde Lima.

Eran ya mas de las 12 de la noche, cuando el dueño de casa mandó parar el baile, dando como razon los trabajos del dia venidero, en que, si el viento lo permitía, las mujeres debían aventar el acervo de trigo con sus *litas* i palanganas de madera, mientras los hombres, barrián la plumilla i ensacaban el grano, en repetidas *traúnas*.

Al caer el dia terminó esta fatigosa tarea, con la subida al soberado de ocho sacos de limpio trigo i varias carretadas de paja para la yunta de trabajo, que es el brazo derecho del labriego, para todas sus faenas agrícolas, para el acarreo de sus víveres, para el arrastre de varas de quíncho i de rastras que deposita frente a su casa, para el combustible del fogon, en los dias lluviosos i largos del invierno.

Al dia siguiente se inició la sacadura de papas, en los largos camellones abonados con la lamilla de la playa.

Las mas conocidas son las coráilas, mericanas, biscochas, chapedes, camotas, cauchahues, boleras con las cuales se fabrican los famosos milcaos esprimios i colaos, la chuchoca, el tropon, etc. etc. único alimento del pobre casi, cuya produccion en todo el Archipiélago es igual a la del resto del pais, i que tiene tambien sus cantores o rapsodas que le han dedicado estrofas no solo de jugleria sino tambien de clerecia, como por ejemplo:

Canten otros los goces de la vida,
las glorias inmortales del guerrero,

las del sabio, sublimes invenciones,
que yo cantar hoi quiero,
con espresion sentida,
el producto de todas las rejiones
que, bajo una modesta i pobre capa,
el mundo entero llama ¡rica papa!

De su fecunda fécula sabrosa
se saca el guachacai correlativo,
el divino milcao
esprimío o colao,
suculenta *chochoca* mantecosa
o bailarín *tropon* dulce i festivo,
cuyas doradas, pródigas cortezas,
alegran del chilote las tristezas.

No habrá manjar como las papas fritas,
vayan o no con huevos o bisteques;
cuchipoñis o *ahítas*,
valdrán mas que panqueques;
así como tampoco no hai razon
para mirar con cierto menosprecio,
por sus hechos tal vez, al picaron,
lo que yo considero un adefesio.

¡I qué manera de comerlas hai!
¡si es una verdadera maravilla!
En sabroso curanto o en *polmai*,
al rescoldo, con tierna mantequilla,
con toda su corteza
hervida a la francesa;
pero mas exquisitas yo las hallo,
si me las sirven como papas mallo!

Desde las márjenes del rio Chepu
hasta los vericuetos de Quellon,
no hai dilatado ni pequeño *quepu*
ni recto, ni torcido camellon,
hecho a luma i gualato,
que al chilote pacato
no le asegure siempre un buen sustento
con su crecido i fácil rendimiento.

I con todo, sus siembras siempre exiguas
lo condenan cada año a pruebas duras:
con ser pesadas suben mas las *chiguas*
i escasas son tambien las raspaduras;
no hai sobrados esentos
siempre llenos de *anquentos*,
que endulzaban las horas tan amargas
de escaseces funestas, siempre largas.

Hasta los cuchis van enflaquecidos,
pregonando de papas cruel hambruna;
los dornajos al sol, yacen partidos,
ya no los colma nó racion alguna
de cuchipónis tiernas,
que vísceras internas
del regalado chanco bien cebaron
i su esperada muerte decretaron.

Ya nadie mide papas por almudes,
porque Braun i Blanchard se las llevaron
a venderlas por otras latitudes,
i a nosotros tan solo nos dejaron
las papas del milcao
i esto, solo colao.

¡Nadie dirá, hablando de la papa
• en el fértil Chilué está la mapa! »

¡Salve, oh reina del reino vegetal!
¡fecunda planta de la patria mia!
¡oh verde i sabrosísimo papal!
del rico i del pobre la alegría,
i que a los golpes del jenial gualato
eres de Chiloé el mejor ornato,
sin duda la novena maravilla,
mucho ántes i despues de Quintanilla!

En este duro trabajo de siembra i cosecha de papas, que premia con creces al esforzado agricultor, ya que dá un buen rendimiento i es casi el único alimento de la jente menesterosa, desempeña un papel importantísimo el *gualato*, especie de picota que tiene una lengua arqueada de hierro por una parte i por la otra una hacha.

Con la primera se revuelve la tierra o se extraen las papas, con la segunda se rompen a golpes las champas endurecidas.

Se divide el papal, para esta faena, en porciones llamadas *quepus*, que es una porcion señalada de camellones, que debe ser trabajada en plazo determinado.

Pejerrei i la Llollo deslindaron su quepu i gualato en mano, acometieron contra el seco papal con brios formidables, mientras los demas trabajadores trabajaban los suyos.

Como la siembra estaba en una cuesta pronunciada, Pejerrei, listo por naturaleza, iba cuesta arriba, detras de la Llollo, para gozar el mui guason, la vista de las fuertes pantorrillas de su compañera,

mas visibles por haber arremangado sus faldas.

—¡Ah! fiura, dijo de pronto la Llollo, mira que te plantó un gualatazo i te aplasto como lagartija, pa que no seas reparon i agudo. Apuesto que tu péuchica, esa que te dejó por el melico, no tiene estas canillas.

—Qué mala eres Llollo, no puedes ver que un cristiano mire lo bueno. Un poquito que tu quisieras, ahora mesmo le decía a D. Usebio que quiero seas mi mujer.

—Déjate de leseras, Pejerreicito, pa que despues me muelas a palos, cuando no haiga pesca ni comía, i no tenga mas guiso que mis lágrimas.

—Onde lu as visto eso Llollo. Me hiciera mil pedazos, me recondenara, que ántes de hacer esa barbaridá que ices, me enganchaba pa un buque.

¿Crees vos que teniendo salud i vida no te abarrotaba de papas i mariscos?

—Asina icen toos cuando están queriendo; pero cuando se aburren se van a los despachos a la tomaúra, i se acabó la mujer. No hai un hombre, Pejerrei, que no le dé malos tratos a la mujer.

—Vé aquellos condenaos, decía doña Pancha, parla que parla, i el gualato a la cintura. Qué demontres se llevan hablando i *pillunteando* esento?

—Mira, Llollo, si paece que Pejerrei es tu hermano, tanto lo encariñas. No vaiga a ser que acabemos detras de la iglesia. Bonito juera pa completarla ahora, dejante que uno es pobre, tuviera una hija perdularia. Bien te juera con tu Chacha, Llollo.

—Ná, oña Pancha, que creen ustes que yo soi desos. Ahora le diré al tiro, que me muriera en el auto, me tragara la tierra, si yo no quiero a

la Llollo como un buen cristiano. Pobre soi tambien, pero teniendo salud i vida, bien pueo mantener una mujer.

—¡Juasns con lo que sale este chico! ¡Ave María Purísima!, ahora mesmo se lo vuá a icir a Usebio. Para yo no me paece mal, tu máma dice que sos jiucioso i trabajaor i asina me gustan a yo los hombres.

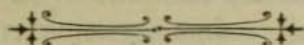
—Bueno, ahora a gualatiar, no vaigan a icir que semos bolseros, los de la casa, mas lueo lo arreglaremos eso con Usebio i con tu máma, Pejerrei. Toma, Llollo, guarda en tu *yole* esas aitas, pa un mallo pa tu padre mañana.

FIN DE LA 1.^a PARTE.





SEGUNDA PARTE.



CAPÍTULO VIII.

QUINCE dias despues de la trilla, Pejerrei, acompañado de su madre, entraban en la tarde de un sábado a la casa de doña Pancha. La familia estaba reunida; pocos dias antes, Coché Maía, con la pierna aun entrapada i casi soldada, había sido dado de alta en el Hospital i concluía su curacion pacientemente sentado entre almohadas, en el estrado que tomaba un lado entero de la sala.

—¿Cómo estan pué, mujer maor? Entró diciendo la madre de Pejerrei, al dirijirse a doña Pancha, que era unos diez años de mas edad que ella.

—¡Juasus aquella! Dentren, dentren; ¿qué haciendo áhi en la puerta, muchacho? vengan, pasen por la sofaita.

Pejerrei pretendía, al quedarse atras, hacerle una seña a la Llollo, para entablar conversacion

dempus i unas mellas que le regalaron sus amistades de Lechagua, los dueños de la trilla.

—Vean en que vino a parar esta apurancia de Pejerrei, decia la Llollo a su hermana. Yo cuasi no lo creia, Maica, *cuantimas* que aquella zafáa no lo deja; ojála yo la tope por ahí, tendrá que traar mucha sáliva.

—Oye, Llollo, yo *cuantud* que sabía que Pejerrei tibia a palabriar; nojotros, ambos los dos, no mas lo sabíamos, mientras que mi taita solo hastesto.

—Jueto, maña, i lo *maanto* que estaba quedando. *Miel*, (era el nombre de Pejerrei) si paece que lo has enyerbao. Ya no te desabaldona un momento, arrumao a su Llollo, no mas. No hai vez que salga con su lancha que no me pase a preguntar por tí i me pase a dejar unos ciarros.

Con el noviazgo abandonó la Llollo el servicio del hotel i quedó en la casa, ayudando a su madre en el lavado. Coché Maía podía ya dar algunos pasos, apoyado en su baston, i se impacientaba por hallarse de una vez sano, ahora que veía su curacion casi terminada.

Don Usebio comenzaba ya a dar que hacer a la familia i a la policía. Ya no eran solo los sábados dias de francachela, sino tambien domingos i lunes. Siempre eran D. Paico con su jente de a bordo, tres o cuatro fleteros i algunos cargadores de la patrulla del desembarque de mercaderías, los asiduos parroquianos del despacho «El amigo del pueblo». Allí el alcoholismo hacía su obra destructora a vista i paciencia de los tímidos pacos, que a hurtadillas, en los dias nublados o lluviosos de invierno, confortaban sus estómagos con repetidos vasos de guachucho. Allí iban a parar las chauchas,

trabajosamente acumuladas durante una semana de faena, entre chascarros de grueso calibre i narraciones de aventuras de mar.

Chasquidos de lenguas catadoras, salivazos i toses, bocanadas de pestilente humo, mezcladas al tufo de los mariscos secos i al hedor de ropas sucias, eran las características de aquel antro, que ironicamente llevaba sobre la puerta un letrero tan sugestivo «El amigo del pueblo».

La Llollo i la Maica, por turnos, eran las encargadas de arrancar a D. Usebio, los dias de jolgorio, de aquel paradisiaco lugar. A veces se resistía, con la terquedad del beodo, i entonces sus hijas tenían que soportar pacientes los dichos soeces de la concurrencia ya bebida.

Para mayor atraccion de parroquianos, la estantería soportaba botellas con líquidos que imitaban a la perfeccion los variados colores del arco iris; desde la verde menta al rojo guindado, desde el amarillo i pseudo chartreusse hasta el anaranjado de las cortezas de naranja, con el purpurino o violáceo del vino de maqui.

Todas estas tintas maravillosas iban pintando en los semblantes de sus adoradores, la idiotez, el odio, la misantropía, la cólera, la mentira, la bestialidad i el crepúsculo pavoroso que antecede a la negra noche del crimen.

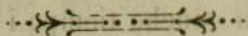
«El amigo del pueblo» cumplía con su lema a las mil maravillas. Con sus variados i ardientes sabores consolaba al pueblo de su miseria, calentaba sus miembros entumecidos, les pintaba la vida color de rosa; pero al fin venia el desencanto, el remordimiento atroz, el espantoso delirium tremens, la tuberculosis galopante, el endurecimiento o cirro-

sis del hígado, la hipertrofia del corazón, la camilla del hospital, la viudez de la mujer i la orfandad i miseria de los hijos, obligados a mendigar, cuando no a servir de Celestinas a sus propias madres o hermanas.

I los infelices que escapaban al abrazo mortal del alcohol, quedaban para el resto de sus días temblones, sin fuerzas ni energías para luchar en su vida miserable de eternos convalescientes.

¡Cuántos, cuántos hombres robustos, en lo mejor de su edad, convertidos en seres inútiles, en cargas onerosas para sus familias, con los rostros sanguinolentos, conjestionados, mostrando la infamante aureola del beodo consuetudinario; los ojos estriados de rojo, la lengua balbuciente, el cerebro pesado i adormecido por eterna modorra, inapetentes, sombríos, con un tufo insoportable a letrina, que se escapa de la boca babosa, con labios colgantes!

Esta epidemia que amenaza concluir con la soberbia pujanza de nuestro pueblo, no conmueve a los Gobiernos lo suficiente; se hacen leyes para castigar al delincuente, por una parte i no se cierran o se imponen fuertes multas o contribuciones a estas escuelas públicas de presidarios, de malos hijos, desnaturalizados padres e inútiles ciudadanos. Se combaten las epidemias esparádicas con cientos de miles mal invertidos; pero la epidemia endémica del alcohol queda siempre en pié, victoriosa, en plazas i calles, ostentando con orgullo letreros sarcásticos de restaurantes i de «El amigo del pueblo»!



CAPÍTULO IX.



A PRINCIPIOS de Junio, completamente restablecido ya Coché Maía, no quiso es-
ponerse nuevamente, en un invierno que comenzaba
con ruda crudeza, a la azarosa vida del fletero, i,
en union de Pejerrei, que deseaba tener algunos
ahorros para su casamiento, se engancharon de mari-
neros a bordo del vapor Magallanes de la Compa-
ñía Braun i Blanchard, de Punta Arenas.

Con sus respectivos sacos de lona para guardar
sus cubijos i ropa, una mañana nebulosa i fría,
ambos muchachos, con sus trajes de casineta, ad-
quiridos con el anticipo de un mes de sueldo, se
largaron a bordo, confiados en que habían de me-
jorar de situacion.

— ¿Te olvidates, Miel, de mi encargue? le pre-
guntó la Llollo a su novio, poco antes.

— ¡No! Llollo, pasé a traer a la botica; pero
me ijeron que no había naíta, ni pizca; pero no
pases pena, porque llevo el capulario de nuestra
Señora del Cármén.

— A ver, traemélo pa que le dé un beso i te
recuerdes de mí; pero si hubieras hallado *piriman*
en la botica, mas conforme me quedaba.

— Mira, Llollo, te diré que pal trabajo estoi
hecho cachi ya, i tengo que *arrejentar* no mas,
áhi lo veris despues. Vuá venir rico para que.

Fueron las últimas palabras que cambiaron los
novios, quienes, como se verá mas adelante, no vol-
verían a verse en mucho tiempo i para entonces las
circunstancias serian mui distintas, que así cambian

los caprichos de la suerte a los hombres, como la naturaleza, bellos días en tormentosas noches.

Pocos días después de la partida de los muchachos en el vapor Magallanes, D. Usebio continuó con nuevos bríos su vida de alcoholismo i de cimarras al taller de carpintería. Todas las tardes era conducido a su casa en completo estado de ebriedad.

Una noche, reunida la familia Mella, en ausencia de D. Usebio, acordaron tomar una determinación para cortar de raíz el mal que se enseñoreaba de la debilitada voluntad del jefe de la casa.

— Oye, Usebio, por Dios, decíale doña Pancha, a la mañana siguiente, cómo demontre, vos que eras un hombre trabajaor i honrao, estas ahora ésto tan cambiado. Ya no podemos aguantar mas tu vida arrastráa. Nojotros cuasi no pegamos los ojos de noche, i nos amanecemos *llipiguando* como en un velorio.

— Pero, mujer, cuando hai pena, mucha pena, qué vuá ser yo sino alegrarme? Bien considero, Pancha, maña, que vos tienes razon mas que a mí, cuantimás que antes no era tu marido conforme ahora; pero los amíos no me desabaldonan i el cristiano que es pobre, conforme a mí, tiene que matar su pena no mas.

— Vean por onde le ha dado a aquel *fasilisco*, ¿qué estas *disfariando* que? Cualquiera ijera, Usebio, que tus hijas o tu mujer te faltaban en algo, i vos sabes que no es asina.

Si no juera por nojotros, pobres mujeres, si no trabajaríamos, andariámos ya en *peluquecho*, como méndigos. ¿Por qué no vas a echar un paseíto puallá, por tu familia de Viluco, onde tu hermano

Inacio, que siempre te manda escrebir? A nojotros no nos faltará Dios; con nuestro lavaíto tenemos pa l'olla i tuavía nos sobra, Usebio, pa tu pasaporte por la *máquina* hasta Castro.

—Bueno, bueno, mujer, que la Maica me *cuesa* mi ropita i la Lollo unas tortillas pa bastimento, i verís si tu Usebio viene con otro carauter del interior, ya que ices que estoi tan desmejorao con los traos. Ahora mesmo chasi me convenía ir, porque vienen los *reitimientos* de San Juan i te traeré buenos *llocos* en el bál, asina conforme te truje la vez pasada; tan solo que no éste Inacio en Viluco.

—¿Qué se van qué, papá? entró diciendo la Maica, que venia de la cocina. Asina me gusta yo el velo obediente a mi máma. Tengan cuenta no mas con su bál, no les haré mas encargues si no que traigan papas sin destino.

CAPÍTULO X.



SÍ fué como D. Usebio partió para su tierra, en busca de rejeneracion para su mal; pensaban las mujeres que el alejamiento de sus nuevas amistades, la sobriedad de la jente labriega del interior, la falta de dinero i mas que todo de un despacho semejante a «El amigo del pueblo», contribuirían a realizar sus esperanzas.

Llegó el viajero mui oportunamente a la casa

de su hermano Inacio, que vivía en Viluco, mui cerca del villorrio de Chonchi.

—¡Juesus! hermano Usebio! ¿qué haciendo puacá? ¡Qué maanto te trujeron los malos vientos! ¿Por qué estas tan *mánido*, oye? Pero, mas que nunca, aquí te soplaremos como una *urupa*.

Vienes mui a tiempo, hermano, estamos *de carrera* con el reitimiento de nuestro cuchi san Juanero; ahora mesmo no mas las mujeres vacean la segunda pailada; si asina sigue, llenaremos una *chunga*; un palmo tenía el condenao en el coote.

Pero ¿cómo ejates a la Pancha i a tu familia?

—Buenas, buenas, Inacio i te mandan saludar. La Pancha me ijo: estas desmejorao, Usebio, andavete un par de dias donde tu hermano Inacio i aquí me ves vos, con tu permiso. I ¿cómo lo pasa la jente pacá, toos buenos, con salud?

—Buenos, Usebio, pa que vuá decir lo que no es, tenemos salud i conformacion, i ya veris vos que nada nos falta, ni *tragua* ni chicharrones.

*

No hai campesino ni ciudadano, por menesterosos que sean, que no guarden i mimen, cebándolos con cuchipoñis cocidas i la lavaza de la cocina, uno o mas puercos, animales inseparables de la casa rústica, que recorren sus interioridades en completa libertad, como los quiltros i gallinas, i aun se acuestan cuando lechones, en el comfortable fogon, en que chisporrotean los troncos verdes, unidos al humo de los cigarros i de la manteca que cae de las ollas.

Todo se aprovecha en estos animales, hasta la

sangre que, recojida en una paila de cobre, heredada de jeneracion en jeneracion, ha de servir para la fabricacion de las ricas morcillas, sazonadas con ajos, coles, yerba buena i cilantro, i que son devoradas en cenas jocosas en que no corre vinillo de aloque.

Una vez muerto el cerdo, de una atroz puñalada que le parte el corazon, se prepara la fogata encargada de purificarlo, chamuscándole hasta la última cerda; la piel, tostada en estas condiciones, toma el nombre de tragua.

Salido de la prueba inquisitorial del crisol, es abierto i descuartizado, algunas veces el mismo dia, aunque por lo comun debe pasar veinticuatro horas, como todo cadáver, colgado de una viga del cielo raso, para orearse, i entónces juzgan los peritos las libras de manteca que podrá dar, por el espesor de la capa que tiene, una vez abierto, en el dorso; mas de cuatro dedos indican buen rendimiento.

Sacados aparte los jamones, la cabeza i el lomo, con lo demas se hacen pequeños pedazos que se colocan en la paila i se convierten con la fritura prolongada en sabrosos chicharrones, que acompañados de milcaos, sopaipillas, tres elementos indispensables en esta operacion culinaria del reitimiento, constituyen el deseado *lloco*, obligado regalo que reparten los dueños a su familia i vecinos, para que éstos a su vez hagan otro tanto. A esto llaman *estar de carrera*, tal vez por la premura con que se hace el reparto de los llocos.

En la noche, víspera del 24 de Junio, dia de San Juan Bautista, la familia de D. Inacio tenía sus convidados, tanto para celebrar la matanza como

para festejar a su hermano, que ya no quería ser hombre de campo, sino ancuditano.

A pesar de la promesa hecha a doña Pancha, esa noche D. Usebio se achispó de lo lindo, de modo que no sintió el trajín de sus sobrinas, cuanto antes de las doce arreglaron éstas las distintas suertes que es costumbre realizar o averiguar en las vísperas de San Juan, i que consisten en poner dentro de un vaso de cristal con agua clara, la yema i clara de un huevo crudo, que al verse libres de su envoltura calcárea, toman en el agua formas caprichosas, que los sencillos labriegos interpretan a su modo. Así, unas veces se ve algo como un ataúd, i esto presajia muerte; otras, un buque con sus velas desplegadas i esto indica a las claras por la clara un próximo viaje; otras, una cruz, que significa matrimonio, porque para un pobre no hai cruz mas pesada que éste, si va acompañado con una docena de familitas (hijos).

Tambien acostumbran las muchachas lavarse de alba en un arroyo la cara, para conservar fresco i hermoso el cutis; o cortarse el cabello, que se cuelga de una rama, para que crezca mas lozano.

— ¡Arriba, Usebio, arriba, decía don Inacio, a las cinco de la mañana del 24; no vaiga a ser que perdamos la fiesta de Rauco! lugarejo situado entre Castro i Chonchi, sobre una empinada loma, i en donde se celebra con toda pompa el dia de San Juan.

— Ya sabrís vos que mi chica, la Challo, la palabriaron aer el Cura con el *Fiscal* pa que sea Suprema; las bestias estan ya amonturadas i nojotros tenemos que salir de alba.

— ¡Ahi voi, áhi voi, Inacio, ahora mesmo me

estoi poniendo el *panton* i en el auto estoi listo.

Una enorme concurrencia sitiaba ya la modesta capilla campestre; cordones de mujeres con sus guaguas en brazos, esperaban sentadas a las orillas del camino la venida del Cura i el tercer toque del esquilon rasgado, que un muchacho atacaba con una piedra en cada mano, con rítmico compas, en los toques anteriores.

Los hombres, desmontados de sus caballejos chilotes, fuertes i dóciles, formaban distintos grupos, i entre bocanadas de sus inseparables fullingues, se hablaba de la última fiesta o se ponderaban las buenas cualidades del barroso, rosillo o mulato, cabalgaduras traídas de los criaderos de Osorno, en pago de una temporada de faena, como destripa-terrones.

En fiestas solemnes como ésta i otra que se celebra en Cahuache el 25 de Setiembre, en donde se dice que hai un Señor mui milagroso, se hace un reparto de papeles importantes, entre lo mas granado del vecindario, quienes costean la misa i la mesa.

Al efecto, se nombra un Supremo, acompañado de otro sujeto que es el Gobernador i de dos mas llamados Cabildos, unidos todos a una niña que hace de Suprema.

Antes de la misa, los Supremos i demas comparsa, a la cabeza del pueblo, dan uno o dos paseos en contorno de la iglesia, al son de vihuelas, rabeles, flautas i tambores. La tocata tiene el nombre de pasacalles i el compas de una marcha.

Los hombres visten sus trajes domingueros, con el inseparable poncho de carro o hilado, tejido con el *parampahue*, el *barralhue* i los *quelgos*; el

valor de esta prenda está en las fajas multicolores que lo cruzan.

Las niñas se llenan la cabeza con cintas i flores, i las que gastan *cupido*, cintillo de color en los cabellos, han pasado ya la pubertad i entran al periodo de las eternas aspirantes al casorio.

El Supremo carga su estandarte en que voltea una campanilla, i los Cabildos llevan los cordones de éste. La Suprema va debajo de un arco de flores, adornado ademas con espejuelos i cintas, i que llevan sus dos acompañantes, niñas como ella.

Despues de la misa sale la procesion a los alrededores. Aquí es de advertir que cada imagen tiene su *patron*, encargado de vestirla, de alumbrarla i de llevar el estandarte que debe hacer flamear ante ella, a esto llaman *batir la bandera*. Concluida la fiesta religiosa, los Supremos deben costear el almuerzo al Cura.

Pocos dias despues de esta fiesta, D. Usebio, aprovechando la coyuntiva de que su sobrina Challosa sabía escribir, se apresuró a dictarle una carta, entre rascaciones de cabeza, tosidos i suspiros, para doña Pancha, en los términos siguientes:

Viluco, Junio 28 de 1908.

Señora Pancha Ulloa.

Apreseada mujer:

Te mando escrebir estas letras pa que sepas vos de yo, desiando que al rresibo de esta te ayes vos buena en compañía de la familia, que yo quiedo bueno a tus órdenes.

Te diré que aquiél Inacio está naando en la abundansia; en su reitimiento cuasi llenó una chun-

ga de manteca. Estoi mui mejorao i cuasi ago *aútos* de puro buenísimo que me hayo. No escacean las semas con chicharrones, buenas leucas, los baemes ai una juerza, sin destino. Tu parte del lloco lo fengo ya en el bául, con tragua i algunitas anquentus.

Espero no mas concluir con una minga de techaúra de casa con curanto, pa largármelas pallá. Dime, Pancha, maña, si no han mandao escrebir Coché o Pejerrei; este muchacho me tiene mui desconsolao.

I no te igo mas, sino que cuides al Poroto i no te olvides del Copito. Tamien te albierto que me mandes escrebir, que cuesas las raspáúras pa las gallinitas trintres i te manda muchos saludos Inacio, i tamien su mujer, por lo consiente las sobrinas. La Challo en la fiesta tenía un caraúter de santita.

Tu aflijó marido que te apresea.

Usebio Mella.

P. D. Muchos saludos pa la comagre Peocha i pa Don Paico.

Vale.

CAPÍTULO XI.

UN vecino i compadre de D. Inacio había levantado una casa en el último verano, i buscaba ahora jente de los alrededores para techarla.

Como D. Usebio estaba desocupado i entendía como todo buen chilote rudimentos de arquitectura casera, se comprometió a formar parte de la minga de techaura.

La fiesta llamada *minga* se verifica siempre que un campesino necesita de la ayuda de sus aparceros o vecinos, ya sea para levantar o construir una casa o techarla, ya para hacer un cerco o aporcar el papal, con su correspondiente levantadura de tierra, o para cosechar las papas, trigo o cebadilla, que se guardan en *chiguas*, medida que contiene seis almudes i que se fabrican con paja ratonera, sujeta por aros entrelazados con *voqui*, tallo fibroso mui resistente, que se llaman *chihñihues*.

Se reunen con éste o aquel fin un buen número de trabajadores, llamados *mingados*, que son los que deben ayudar al que los congrega; éstos pueden llevar tambien a sus familias i amigos.

Una vez concluida la tarea, el dueño del trabajo debe proporcionar a sus ayudantes una comida abundante i succulenta, amen de los licores, que siempre son por lo jeneral, chicha i aguardiente.

Cada mingado debe recibir ademas varios panes, un gran trozo de carne cocida, un galon de aguardiente i dos o mas de chicha; la cantidad depende tambien, como es natural, del trabajo i de la mayor o menor riqueza del dueño de la minga, que es el encargado de servir personalmente a todos los comensales. Concluida la comida comienzan los bailes, al estilo, muchos de ellos, de las antiguas danzas españolas, como el *Cuando*, cuya letra en parte es como sigue:

Cuatro son los aguadores
que madrugan mas temprano,
sabiendo que el agua fría
en ayunas hace daño.

I cuándo será ese día,
esa dichosa mañana
en que lleves tempranito
el chocolate a la cama.

Cuandó, cuandó,
cuandó, mi vidá, cuandó.

Ocho eran en aquella ocasion los mingados, que, una mañanita tibia del veranito de San Juan, que suele venir antes o despues del 24 de Junio, comenzaron con todos bríos a encintar el techo i clavar las tablas de tenío encima, en corridas dobles. Don Usebio, con los brazos desnudos i el delantal imprescindible hecho de la lonilla de los sacos de harina, sudaba copiosamente por todos sus poros, el alcohol adueñado de su persona, desde mucho tiempo atras.

Canturreando entre dientes este popular valse,
Un domingo antes
de Semana Santa,
al salir de misa
te entreé una carta..... iba martillando los delgados clavos de alambre, con la febril actividad de que dan pruebas momentáneas los alcoholizados.

—Allá en Ancud, decía a los demas carpinteros de la minga, ya naiden techa con alerce, porque no se merece ni pa remedio; toditos con ave llano o tenío no mas, que cuasi aguanta lo mesmo que el alerce o el acipres.

De juro pué que los ricos hacen su techauúra con *sinque* (planchas galvanizadas con ziuc).

—Yo trabajé, decía otro carpinterito, en la casa que levantó D. José pa la luz eléutrica. Ahi dentraron una juerza de planchas, sin destino, que era una barbaridá.

—Jueran ustés en Valdivia, decía otro, áhi cuasi todas las casas son de fierro no mas. Yo trabajé en la fábrica de cerveza de Don Aguanten; qué buenas tomaúras nos agarrabámos con la cerveza.

Afiúrense ustés, D. Usebio, que en la pura embotellaúra el patron, un alemancito buenazo, nos daba unos baldes colmaos.

Pocos dias despues se concluyó la techadura i la humilde casita de ocho varas de frente por cuatro de fondo, ostentaba en la parte culminante de su techo unas ramas de laurel, que simbolizan la conclusion del trabajo, *el coronat opus*, sin desgracias personales.

Siguió a continuacion la fiesta descrita mas adelante, en la que D. Usebio arrastró el poncho por los lodazales del camino, con gran escándalo de su hermano menor, sobrio i trabajador, que al dia siguiente, con la rudeza de un campesino, le increpó sus excesos.

—No me enojés, Inacio, hermano, le contestaba D. Usebio, no es que yo soi borracho, sino que a mi edad cualquier traguito me tumba lo mesmo que a un caballo cansado, i desta ya no lo vuelvo a hacer mas, estando en tu casa. Vos parece que te estas aburriendo conmío, i en cuanto vaiga al curanto de cholgas o choros de Peuque, que me envitó tu vecino, que aer no mas se fué en Castro,

yo tambien me vuelvo pa Ancud. Ya bastante te hei molestao, yo lo compriendo asina mui bien.

—Mira, Usebio, no me uстан los hombres delicaos, lo que te igo nues pa que te ofiendas; bien sabes vos que son malos proceeres eso de andar como un trafalario, porrazo pacá i pallá.

Al dia siguiente volvió en su chalupon de Castro el dueño de la minga de techadura, i trajo fuera de los famosos choros, una no menos famosa carta de doña Pancha para don Usebio.

A gritos llamó éste a su sobrina Challos.

—¡Challito, Challito, veni, veni pacá, sobrina. Ya me mandó escrebir la Pancha, ruempe el cierro, hija, a ver que me icen.

Ancud, 15 de Julio de 1908.

Señor don Usebio Mella.

Apreseado esposo:

Te mando estas cuatro letras en contesta de tu carta, desiando te encuentres vos bueno en compañía de tu hermano Inasio i señora i demas familitas i amíos, que nojotras quiedamos buenas a las órdenes de vos.

¡Ai! hijo de mi alma, tuavía no hamos rresibío carta ningunita de Coché ni de Pejerrei, i esto me tiene cuasi atragantáa, tanto que mis lárinas no salen. Vos te estaras livirtiando i aquí una penando, todo sea por amor de Dios. Tus animales i demas familia gordos para que. Copito mui cuyadoso de su casa i Poroto playero que da gusto el velo i me icen que pal Diciocho dará media botija; solamente las trintres se han condenao, no quieren poner i la Llollo i la Maica te mandan muchos

saludos. No te dilates mucho porque vos hases falta aquí, trae los encargues i el corazon rresibe de tu apreseada mujer que no te olbida en sus oraciones.

Paneha Ulloa.

P. D. Saludos tamien al compadre Inacio i a su señora i a las chicas.

Vale.

Don Usebio, con el rostro conturbado por la nostalgia i el recuerdo de su familia, se guardó la carta en su bálul. Al dia siguiente, libre ya de extrañas preocupaciones, se encaminó hácia el curanto que el vecino i su hermano le preparaban como despedida.

Se había invitado al Cura de Viluco i al Preceptor, jóven recién titulado en la Normal de Valdivia, alegre i locuaz, que se daba sus trazas de periodista i de entendido en política, desde las columnas de «La Voz de Castro».

La demas jente estaba ya afanada en los preparativos; el hoyo abierto debajo de un arrayan retorcido por los vientos de la costa, esperaba su carga de leña i el montículo de piedras encima.

El curanto es una mezcla de alimentos sanos i nutritivos, que se prepara de la manera siguiente: se hace un hoyo en la tierra de un metro de diámetro o ad-libitum; en seguida se pone leña menuda dentro, i mas arriba un poco mas gruesa; sobre toda esta pira, una multitud de piedras vivas, duras, que calentadas al rojo casi por el fuego, van ocupando el lugar de la leña consumida.

Cuando las piedras estan lo bastante calientes, se colocan encima los mariscos, que son jeneral-

mente quilmahues, choros, cholgas, tacas etc.; despues, papas, arvejas, habas, milcaos o baemes i aun carne tierna de cordero, queso etc.; sobre toda esta amalgama estraña se coloca una capa de paja i de hojas de pangue (naleas) i finalmente otra de tepes.

Una hora es por lo jeneral el tiempo preciso para que todos estos alimentos se cuezan lo suficiente. Los peritos calculan perfectamente el momento de la coecion, i para esto tienen la espresion *está sudando* (el curanto).

Se sacan entonces las champas de tierra i se apartan cuidadosamente las otras capas, hasta que se dejan ver confusamente, entre una nube de vapor apetitoso los alimentos ya preparados.

Los concurrentes se sientan al rededor del curanto, a la turca, i allí saborean estas especies, de un gusto particular. El agua que contienen los mariscos, al evaporarse, cuecen las sustancias superiores i le participan ese sabor marino orijinal.

—Oye, Gueñicito, decía D. Usebio a un indio chono que era el criado de D. Inacio, traído de aquellas tierras en uno de sus viajes al sur, en busca del lobo de dos pelos, pásame una traúna de mariscos tripulados. ¡Qué gordos estan los conde-naos! Ahora mesmo cuasi me jundió la vista un choro, cuando le metí la concha pa abrillo me largó el judío una chisquetiada de agua caliente.

—Asina mesmo como hacen las jibias i las navajuelas, le replicó D. Inacio.

Como el Cura se había disculpado porque tenia que salir al campo a una confesion urjente, su sitio de honor lo ocupó el Preceptor.

—Los curantos de Valdivia, decía éste, alegre con los vasos de chicha bebidos, no tienen el sabor

del curanto chilote. Siempre peleaba en la Escuela, defendiendo esta tesis, contra los llanquihuanos i valdivianos, que nos miran así bajo el hombro. Yo les decia: ¿qué seria de las ciudades de Osorno i Valdivia i Puerto Montt si no hubieran tenido la brillante colonizacion alemana que tienen? Todo se lo deben ustedes al empuje i constancia de esos alemancitos que, así tan dulcemente llamados, van apoderándose de la rejion del Sur con el crecimiento de sus familias, fecundas en desarrollarse.

Este arraigamiento del aleman en el suelo que trabaja i que hace prosperar con verdadero amor i arte, contrasta, D. Inacio, con lo que hacemos nosotros los chilotes, que abandonamos por unos billetes mugrientos, sin valor alguno, las tierras de nuestros mayores, para ir a correr i mejorar tierras estrañas, en vez de trabajar las propias.

Parece, D. Usebio, que el campesino chilote tuviera el baile de San Vito, o tuviera Mercurio en vez de sangre, como decia nuestro Inspector en la Normal, cuando un alumno no estaba quieto un momento en la sala. En verano habran visto ustedes largas patrullas de paísanos, cubijos al hombro i hacha en mano, abandonar sus tierras incultas, o cuando mas, dejando el exíguo primerizo, las dos chiguas de trigo o cebadilla, para dirigirse en viaje criminal de aves emigratorias a Punta Arenas, Valdivia, Osorno, La Union etc., en donde trabajan a otros mas ricos que ellos sus valiosas tierras.

¿I qué traen en retorno, a fines de Marzo? Un caballejo o yegua medianita, de los resabiados del potrero osornino, una manta chillona de tienda, que no le tapa los muslos ni le sirve para la lluvia; una montura enchapada, a la chilena, que con la

humedad del suelo i agua de los cielos se le apollilla i se le escoria; i luego despues el caballo enjaquimado estraña los buenos pastos de allá i comienza a enflaquecer i no hai caballo flaco bonito. ¿No es verdad, D. Inacio?

—Asina, lo mesmito digo yo, le replicó D. Usebio, un poco mas desenvuelto que sus aparceros, por índole i mayor trato, esos colones judíos no sirven mas que pa estrujar a los pobres i quitarle sus terrenitos; icen que en Puerto Montt i Valdivia es ya con barbaridá, a los naturales los tienen arrinconaos en la cordillera es que; pero de juro que la culpa lo tiene uno mesmo, que no cuida lo suyo, como dice el Sr. Preceptor, i, vaso en mano, concluido su discurso, hasta verte, Cristo mio.

Volviendo al curanto, decia el Preceptor, todavía recuerdo que me los achunché a los llanquihuanos i valdivianos con unos versos que saqué de mi cabeza i que el Profesor de Castellano me hizo recitar en una fiesta, para que sacara pica, como se dice, a los colegas.

—¡A ver! a ver, señor Preceptor, dijeron todos entusiasmados, como jué eso ¿serán décimas o corridos, como le icen?

—No, señores, sin ser corridos dejaron corridos a mis amigos i allá van:

Quiero alabar en este rejio canto,
que bien merece estrofas tan reales,
las excelencias del sin par curanto
que la chilota historia en sus anales
quiso estampar, con regocijo santo,
para ahuyentar del mísero los males.

Ven a mí presto, inspiracion divina,
i mi exaltada mente hoi ilumina.

Que hablen i que griten con empeño,
que promuevan tumultos i alborotos,
que pierdan la alegría con el sueño
los que tan solo viven de porotos,
que desde aquí me río yo i desdeño
a los que Chile llama bravos rotos!
pues para mí no habrá mas alimento
que el sabroso curanto, rejio invento!

¿Habrá mayor placer, por vida mía,
que el de olfatear con apetito ciego
la embriagadora i cálida ambrosía
a que el chilote tiene tanto apego,
i en cuya jenerosa compañía
jamás quedó el hambriento mudo i ciego?
El que probó de aquel fecundo pozo
ya no tendrá otro culinario gozo!

Allí en revuelto i sazonado gusto
habas, mariscos, papas i milcaos
quitan de toda cara el ceño adusto,
i aunque el ambiente del curanto es caos,
entre el vapor i el humo, no habrá susto,
cual suelen infundir otros saraos.
¿I habrá quien diga que el chilote estulto
en su terruño vive flojo e inculto?

Que manduque el norteco sus cebollas,
que coma el valdiviano charquicanes
o guise el de Calbuco las centollas,
mas huélgome en comer yo sin afanes,

sin sartenes, teteras i sin ollas,
sin manteles, cucharas i sin panes,
del curanto riquísimos manjares
que no tendran jamas otros yantares.

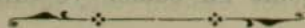
Hai quienes se desviven por morcillas
o sueñan con ricas empanadas;
de los bisteques hablan maravillas,
si van acompañados de ensaladas,
i rompen lanzas otros por tortillas
jugosas, doraditas, esponjadas;
mas nada vale todo este artificio,
que hace tiempo el curanto ganó el juicio.

¿Qué diré de la chicha saludable,
no de la baya que usurpó su nombre,
sino la compañera inseparable
del curanto, al que da su gran renombre?
Ella es el digestivo poderoso
que al vientre da su mas cumplido gozo.
Sobre el huesillo con dorado mote
pone el curanto el inmortal chilote.....

—I no me acuerdo mas; pero habia todavía algunos versos.

—¡Bravo, bravo! gritaron a porfía los comensales, hombres i mujeres, ocasion que aprovechó D. Usebio para su acostumbrada trasvasacion.

—¡Juesus! maño, qué cabeza tiene el Preceutor, le decia entusiasmado ya D. Usebio, a su hermano! Cuánto puée icir un hombre léido. Bien me ijeron en Ancud que esa Escuela Normal deja estruido a los jóvenes que es una barbaridá!



CAPÍTULO XII.

Y A decíamos que no iban a venir mas en Ancud, padre, decía la Maica, la paciente i trabajadora hija, saludando al viajero de su excursion rejeneradora.

—¿Qué haciendo mas tiempo allá, pues hija; ya Inacio estaba mui delicao conmigo. No tenran ustés de que quejarse, mujeres, les truje toos sus encargues; medio lomo ahumado, una chigua de pescao seco, papas mericanas i su costalito de harina pa la Pancha, con harta linaza; lo que no pude merecer fueron unas semas con chicharrones.

Pocos dias despues despertó alarmado el barrio de Punta de Piedras con los gritos i lamentaciones que partían de la casa de la familia Mella; doña Pancha, toda desgñada i en refajos, lloraba a gritos en el pasadizo, contenida por D. Usebio.

La pizpireta Llollo no estaba en la casa, se la había buscado por todo el vecindario infructuosamente. La Maica decía que durante toda la noche la oyó suspirar i trajinar mui quedo en la alcoba.

En la tarde, un amigo fletero les trajo la noticia de que había visto a la Llollo a bordo del vapor Chiloé, en viaje para Punta Arenas, que trató de hablarla; pero que se le había escondido no sé donde.

—¡Ah! hija desalmada i perra, decía doña Pancha, mandarse a cambiar sin icir una palabra. Juesus, no sé onde tengo la cabeza. Algo maliciaba yo de estos malos proceeres de aquella condenaa.

Desde que se jué su padre pa l'interior no tenia as la judía.

—Éjala, mujer, decia don Usebio, haciendo pucheros, cuanto menos bultos mas claridá; pa eso cria uno sus hijos, pa quel mejor dia le den el pao de Chile, i lo ejen a uno como si juerámos virgüelientos.

—Máma, seguia la Maica, la pobre iria buscar su novio a Punta Arenas. Como sabemos nojotros si allá le va mejor, al lado de Coché i de Pejerrei?

—Si el corazon me lo avisaba ¡ah! hijuna, si no hai hijo *quepucho* que le pae a sus padres too su cariño. Por eso lairaban i aullaban los perros de los vecinos las otras noches. ¿Qué va icir su hermano ahora cuando vuelva i no vea a su hermana? ¡Ai! Juesus, Juesus!

Al mes siguiente recibieron una carta de la prófuga, en que decía que la perdonaran, que prefería pasar su vergüenza mui lejos de sus padres i libre de las murmuraciones de los vecinos; que no podia hacer otra cosa. En el hotel de su patrona, un comerciante, dándole palabra de casamiento, la habia perdido para siempre, i esta era la causa por que se resistía a corresponder al cariño de Pejerrei, quien la habia pillado varias veces con el alemancito, conversando en la calle i en la plaza de abastos. Que ella no tenia la culpa, sino su mala cabeza; que ya se le habia puesto juir de su casa i nadie la sacaba de ahí; que sería tal vez para su desgracia; pero ya se le habia metido en la cabeza i no habia remedio.

Abrumada la familia Mella con este nuevo golpe, siguió su trabajosa vida de lavados i privaciones, sin tener la menor noticia de Coché Maía, quien

por su prolongado silencio, parecía haber sido tragado por el mar.

De vez en cuando doña Pancha echaba pacientemente sus lágrimas sobre las prendas que lavaba, en recuerdo de su hijo muerto tan trágicamente i de la desvergonzada Lollo.

En vano la calmaba la Maica, diciéndole: Piten, máma un ciarro, no se apensionen tanto.

—¡Ai! hija, le contestaba, no pueo traar mis lárimas, porque me atoraba. No creas vos que lloro por Mañuco, él hizo su suerte i ya no paece, le llegó su hora i aunque estos mis ojos no lo vieron boquiar, él finó como un cristiano, Maica, en compañía de su madre que cumplia su manda. L'otra desgraciá es la que me tiene sin naita de apetencia; quien va a saber lo que estará pasando entre esos extranjeros judíos, como una huérfana sin amparo, i para mas recacha con la criatura que no tendrá pa vestilo ni alimentalo.

—¡Ai! hija, vos no sabes tuavía lo que paece una madre, porque sois buena i honrá.

Completaban este cuadro de miserias i penalidades, las continuadas turcas de D. Usebio, que pretendía olvidar sus males, abandonando el taller de su trabajo i pasando la mayor parte de su tiempo metido en el *cuarto* «El amigo del pueblo», de ese abismo que mataba sus energías de hombre laborioso, su dignidad de padre i su robusta salud de abstinente, en mejores tiempos.

Llegó el Dieciocho de Setiembre con su cortejo de fiestas; de rompe-cabezas, en el que mas de un gañan, haciendo prodijios de estática, encuentra la solución del problema, despatarrándose contra el suelo al menor descuido en el equilibrio, entre ri-

sotadas i pullas capaces de enrojecer a los mismos mármoles de las tumbas; de palos ensebados o cucuñas, verdadero símbolo de la dicha humana, tan trabajosamente buscada i nunca lograda, i si se logra, no vale el afán de alcanzarla; de carpas arregladas con roñosas velas de lanchas o botes, i en cuyas mesas lucen las roscas fritas, empanadas, chicha aloja, cachos i demas esquisiteces del vulgo i de la infancia; de encatrados laureados i embanderados i afarolados; de fuegos artificiales; de parada militar i mas que todo esto junto, de regatas de botes, de esta fiesta imprescindible del elemento marino, que primero fallaran fuegos, cañonazos, música i peleas, antes que lo que se considera, ab initio, como el meollo del Dieciocho.

Las embarcaciones son pintadas primorosamente i enjabonadas con toda escrupulosidad; los bogadores se ponen en chanca para resistir mejor el esfuerzo de la ajitada boga. Durante este tiempo se cuida del bote como si fuera una dama; se le acaricia, se le mira i remira de popa a proa, de babor a estribor; se le afila la proa, se le registran detenidamente las cuadernas, se aseguran los travesaños o bancos, se hacen cálculos i comparaciones i apuestas, en una palabra, es el objeto palpitante sobre que versan dimes i diretes del gremio, hasta la hora suprema en que, puesto en facha el bote con su personal completo de robustos fleteros, avezados i ardorosos, con la cabeza amarrada, el tronco libre de ropas i nervudo i nervioso el recio brazo, esperan en solemne silencio la voz sacramental i emocionante: ¡zarpe!

¡Qué agitacion! ¡qué estruendo! ¡qué halos!

Crujen i se doblan los toscos remos, la proa

avanza, corre, vuela por entre un mar de espumas; los remeros se doblan i se yerguen a compas, como un solo hombre; el lobo marino del patron, nervioso, adherido a su caña, manda, excita, se revuelve ajitado en el estrecho asiento de la popa, siguiendo el ritmo de la boga con inclinaciones de cuerpo, simulando arrastrar el bote.

I éstos son puntos nada mas, alejados tan velozmente del observador; se alargan un momento para la vuelta i tornan veloces, mas que a la ida; se ve como se ajigantan en cada palada, en cada esfuerzo de esos troncos recios i brazos de acero.

I así vienen, hasta que una algazara jeneral demuestra el fin de la lucha, el supremo esfuerzo de los remeros vencedores, que enarbolan sus remos entre el clamor del público i los acordes de la música.

Despues de las fiestas de Setiembre sucedió lo que era de esperar: víctima de sus báquicos excesos cayó D. Usebio gravemente enfermo de una atroz pulmonía. Su familia lo encontró en la madrugada del 21, tendido en un charco, hipando dolorosamente.

Como no podía medicinarse en su casa, porque el caso era grave, fué llevado al Hospital i a los pocos dias despues agonizaba, rodeado de los suyos. Este golpe decisivo concluyó por amargar para siempre los dias de doña Pancha.

—Qué haremos ahora, Maica, decía, deshecha en un mar de lágrimas. Huérfanas i desamparadas, como espigas perdidas, nos dejó el finadito. Ya no nos queda mas arrimo que Coché Maia. ¡Pobre hijo que no alcanzó a su padre!

—Paciencia, máma, Dios no olvida a sus criaturas. Dejemos esta casa i nos pasamos a otra mas

barata que hai desucupaa, por la Matanza. Teniendo vida i salú no hai pena. Aemas que Coché se acordará de nojotras el dia menos pensao. Tomaré mas lavaos i como semos menos, comeremos con menos plata.

Mes i medio despues, para subvenir a las mas apremiantes necesidades, ya que el lavado no daba para ello, con todos los rituales usados para el degüello de un chanco, el engreído Poroto fué sacrificado, lozano ya i en completo desarrollo de sus carnes i manteca, que envidiaban los vecinos.

Se organizó una rifa de cabeza de chanco entre los amigos i vecinos del barrio de la Arena. Pocos del gremio de la vista baja logran una gloria póstuma como el inseparable compañero de la familia Mella.

Cocida i adobada con toda maestría, sobre su palangana de barro cocido al fuego, hecha por los alfareros primitivos de Caulin, se mostraba orgullosa la cabeza de Poroto, coronada de arrayan, como una frente de senador romano, metida en una salsa picante de cebollines, perejil i ajo. Presidia impasible, con sus ojillos picarescamente cerrados, las orejas tiesas, en acecho, la boca abierta por descomunal naranja, el resultado de los números roñosos de una lotería prestada, que un muchacho del vecindario sacaba de pringosa bolsa i entregaba a la Maica, para que ésta, en voz alta, fuese leyendo el número que tarjaba con grueso lápiz de carpintero D. Paico, el patron de la lancha Amalia, como mas acostumbrado a estos lances.

La lista de los suscritos llegaba a 50, i era de ver i admirar el empeño de D. Paico para en-

contrar el número saliente entre un caos de firmas i dichos de una ortografía detestable.

— ¡44! gritaba la Maica.

— N. N. paó, borrao, decia D. Paico.

— ¡22!

— Coché Aro, fuera, borrao.

— ¡15!

— Doña Conchi Barría, en blanco, no ha paado.

— ¡31!

— Naiden me conose, paado i borrao.

— ¡25!

— ¡Viva Poroto! No paó mas que veinte centavos.

— ¡El huerfanito solo!

— ¿Cómo ices, Maica?

— El uno, D. Paico!

— ¡Ah! ya, ya, D. Chaba, paado i borrao.

I así siguió la rifa hasta llegar a los dos últimos números, entre tarjaduras i comentarios. Se entabló entonces una acalorada discusion, entre los concurrentes, divididos en sus opiniones; unos querían que se siguiera la rifa hasta lo último; otros, que se arreglaran amigablemente los agraciados con la succulenta cabeza de Poroto. Prevalcieron los primeros i D. Paico recibió entre burdas cuchufletas el premio porotuno.

— ¿No estan conformes con su cabeza qué, D. Paico? ¿pa qué quieren otra pué?

— Pa cuando se me malee, pué mujer, ¿no ven que estoi queando mánido con los años?

— Yo me aconformo con la trompa D. Paico.

— Pásemen a mí lengua, decia otra.

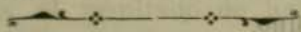
— De juro que te la pasara Asunciona; pero mi mujer se agraverá, decia picarescamente D. Paico.

Estas rifas se verifican entre la jente del pueblo mui amenudo, para deshacerse de algo que les sobra por el momento, como la carne de chanchó, que no pueden comerse de golpe ni salar. O conservar por falta de comodidades; otras veces es un par de almohadones añascados, un corte de jénero, un mate plateado, unas dormilonas o caravanas perliíferas, objetos que conservan algunas personas antiguas como memorias muertas de otros tiempos i otras costumbres.

Es una ayuda disimulada que se hacen recíprocamente con estas rifas, i tan digna de loa como el *medan* i la *minga*, en que el óbolo o trabajo de muchos hacen el bienestar i la comodidad del solicitante, a mui poco costo.

Compañerismo edificanté que ya quisieran tener otras provincias de nuestro territorio, en que solo reina el egoismo refinado, el vales tanto cuanto tienes o el cada uno se agarra con sus uñas.

¡Ojalá con el transcurso de los tiempos i los progresos modernos no se pierdan estas costumbres, tendientes a consolidar una bien entendida i práctica fraternidad!



CAPÍTULO XIII.



A FINES de año, de vuelta de su largo viaje, golpeaba una mañana Coché Maía en la puerta de la modesta casita de la Punta de Piedras.

Salió a recibirlo un individuo a quien no conocía.

—¡Buenos días! ¿no vivé aquí doña Pancha Ulloa? Ando en su busca.

—Cuantuá que dejaron esta casa; aguarde, caballero, aquí la vecina le dará razon.

Se asomó a la puerta doña Peocha, madre de Pejerrei, i al ver al viajero titubeó i despues esclamó:

—¡Virjen Santísima, Juesucristo! ¿Qué no eres vos Coché Maía qué? ¡Qué *soltero* estas por María...! ¡Ai! hijo, cuántas desgracias han pasao en tu casa ¿vos no lo sabes pué? ¿Cómo dejates a tu amío Pejerrei? Me mandó eserebir haran unos dos vapores; me ice que le va bien, que hace sus rialitos ¿es cierto, Coché?

—Bueno, bueno, doña Peocha, despues hablaremos; pero ¿ónde vive mi máma ahora esto?

—¡Ah! la pobre tuvo que dejar esta casa por los malos recuerdos, i porque cuasi no podía paarla. Halló otra lo mesmo cuasi, no tan mejorada de juro; pero para qué quieren mas dos criaturas?..... ¡Jesus!

—¿Dos criaturas? ¿I mi papá i la Lollo pué, ónde estan?

—Vamos, vamos, no nos dilatemos mas, Coché, que tu pobre madre quedrá verte en el auto.

I ambos se encaminaron hácia el puente del Matadero, cerca del cual, en una ruinosa mediagua azotada por las lluvias, i por las reventazones del ajitado mar de invierno, hacía un mes se había establecido doña Pancha con su hija, capeando al paio la recia tormenta que combatía sin tregua a su familia, desde el abandono de sus tierras de

Viluco por la vivienda ancuditana. Ya amenazaba naufragar su mísera existencia, privada de los medios de disputársela ventajosamente a la negra adversidad, desde aquel último reducto en que se habia atrincherado, ruinoso, frio, mal oliente, con la milla en descomposicion, medio enterrado hácia la calle por el alzado terraplen de la línea férrea a Lechagua, i abierto por el lado del mar, a todas las inclemencias de las tormentosas playas isleñas.

Pero la vuelta de su hijo, tan ansiosamente esperado, la salvó.

En estrecho abrazo permanecieron largo rato, entre lágrimas i suspiros; no necesitaban hablar, porque Coché, a la vista del luto de su madre i de su hermana, i de la miseria que reinaba en la única, desmantelada salita de la casa, que hacia de recibo, comedor, dormitorio i taller, comprendió inmediatamente quienes eran los ausentes en su familia, i por qué dolorosa crisis atravesaba.

—¡Ai! máma, rompió por fin Coché, no esperaba este encuentro tan malísimo. Cuéntemen por Maria Santísima lo que ha pasao aquí.

—La fatalidá pué, Coché, que persie al pobre dende que lo echa su madre al mundo. A redamar lágrimas i paecer hasta que te diga el Chachita de arriba: ¡descansa! i echas la última boquiadura.

—Primeramente jué la Lollo, aquella condenáa se juyó apenas te embarcates vos; la pobre hizo bien, porque nojotros no mas conocemos su vergüenza; hace poco me mandó escrebir unas cuantas letras que cuasi me partieron el alma, hijo; al fin una es madre i que le hamos de hacer con lo que no tiene remiendo ni compostura i asina lo manda el de arriba.

—¿I el finadito, máma, mucho les dió que hacer? ¿cuándo finó i qué mal lo remató?

—Como te estaba relatando, Coché.....

—Nojotros vamos con la Maica a mi casa a preparale algo a Coché, quien sabe si habrá desayunao, dijo doña Peocha, despidiéndose.

—Vaigan, vaigan no mas, señora, le replicó doña Pancha, i tú, Maica, chica, acompañaalá mientras yo acabo con Coché de *palrar* del finadito dijunto.

—Usebio, hijo, se puso como un robálo gordo con la tomaúra, de hinchao que estaba; ya cuasi no merendaba náa, toito le hacia repuna. Le entró una sed que ni con agua bendita con laurel de Domingo de Ramos se le apaaba.

Aquellos amíos del despacho no lo desabalaban, i hoi cayendo aquí i mañana allá, hasta que un pasmo lo remató de golpe.

Afiúrate, Coché, que le amaneció Dios dentro de una cequia, trabao que daba compasion de velo, despues de las reatas del Diciocho. ¡Cuánto te echamos de menos esos dias i padecemos ¡ai! Coché qué desgraciás semos!

—Bueno, máma, se acabó ya la mala i nos vamos pa Magallanes; yo tengo permiso del Capitán pa quearme hasta que vuelva el vapor del norte; mientras tanto ustedes, máma, sacan sus faltas i se mercan unas ropitas con la Maica; no crean que vengo tan pelao, algunos rialitos tengo en mi bául.

—Eso lo parlaremos despues, dijo doña Pancha; ahora mesmo vamos pa onde doña Peocha, que nos estará esperando. Ojala ella nos acompañe pa Punta Arenas, cómo no quedrá ver a su pobre Pejerrei.

En la noche hubo una pequeña recepcion en

casa de doña Pancha; temprano estaba encendido el candil petrolífero, humeando cerca del fogon, i la lámpara con pié de madera, contusa, empañada por años de incuria en su aseo, despedía fatuos i temblorosos reflejos dentro de la salita de recibo, que no conservaba de mejores tiempos mas que el estrado, dividido en dos ahora, i las estampas de la Emulsion de Scott; todo lo demas lo habia barrido el viento de la desgracia o la ola amarga i cruel de la necesidad. Allí, en esa cátedra de paciencia, trabajo, privaciones i lágrimas iba a narrar sus aventuras de marino el hijo de D. Usebio; iba a dar ante su abigarrado auditorio su primera conferencia sobre las grandezas del mundo i la necesidad que hai de moverse, de viajar, para conocer tierras i probar fortuna, tendencia mui jeneralizada entre la jente campesina isleña.

Rodeado de D. Paico i parte de su lanchesco personal, de algunos pescadores de pejerreyes i empleados del matadero, con sus mujeres i amistades, comenzó Coché Maía su narracion.

De Ancud a Punta Arenas habían demorado quince dias; este atraso se debia a que en cada puerto iba el vapor recojiendo con tardías operaciones de embarque, enormes cantidades de sacos de papas, pescados secos en chiguas, mariscos en sartas, tablas, vigas i lumillas; la bodega iba repleta. Despues los sorprendió una espesa neblina que duró dos dias, seguida de fuertes aguaceros i ventarrones.

A los dos dias de llegado Pejerrei a Punta Arenas, se habia empleado de estanciero en Puerto Porvenir, con mui buenas condiciones; el mui trucha, con un desparpajo indecible juraba i rejuraba que en su vida había hecho otra cosa que cuidar ove-

jas, cuando si alguna estuvo a su cuidado en Ancud, fué para degollarla, en lo que era mui esperto: cuchillada certera, harta sangre para morcillas, des-pellejada a puño limpio con descuartizamiento sobre su melenuda cabeza i... ¡listo!

Vagando un dia Coché Maía, al garete, por el muelle de Punta Arenas, topó con un marino alemán de la Compañía Kosmos, que chapurreaba algo el castellano i habia quedado rezagado en ese puerto. Se hicieron buenos camaradas i juntos se embarcaron en un vapor arjentino, para Buenos Aires.

Perdidos despues en aquella floresciente metrópoli sud-americana, se engancharon en un velero a vapor de la compañía Branch, que los llevó a Iquique, Antofagasta i despues a Liverpool, con un gran cargamento de salitre i cobre.

¡Qué caseríos aquellos, Juesucristo! Una mala vision de casas mas altas que la Catreal de Ancud, i unas callecitas tan largas como de Ancud a Castro; por lao i lao palacios i mas palacios; otras calles, anchas, con árboles i sofacitos de fierro, llenas de jentío de gringos que no hablan pizca de chileno; aquello parece una proceusion. Coches i carros de toos tamaños i fiúras con hartomóviles a patadas ¡zas! po aquí, ¡zas! po allá.

¿Onde va a andar uno como en las calles de Ancud, medio a medio, embromando, áhi mesmo lo reventaba el trajín?

—¿I cómo son esos mares, Coché, las lanchas son mesmito que las de nojotros?

—Aquellos no son mares, D. Paico, son lo mesmo que rios. ¿Qué embarcacion se va a *jundir* por áhi, cuando es pura calma chicha no mas?

Las lanchas, pa que le vuá decir náa, D. Paico,

si parece que naides las hubiera tocao, de finitas que son, con sus cámaras bien pintadas i sus velas cuasi parecias a las nuestras.

—¿Mucho pescao habrá por esas tierras, decia un dueño de bote pescador, pa que nos manden tanta sardina en sus cajas; no hai despacho que no éste abarrotao cuasi.

—Asina es, pué, pero no vide pejerreyes, porque hai de toas clases i fiuras, que es una bendicion. Con una quijada se puee mascar bacalado i con otra salmon, atun, ¿qué sé yo? mis amíos, no falta la comía en niúna parte, ni monedas tampoco, tan solo que el cristiano no quiera trabajar. Lo que no se merece puallá son los choros i milcaos, ni en pintura.

¿Qué les vuá decir de la palizáa que vide en Liverpúl? tupidos lo mesmo que si juera uno a la cordillera a cortar troncos. Vapores tan grandes como una calle eificada; buques veleros con cuatro, einco hasta seis palos; vaporcitos medianos una fuerza, como sardinas; botes, lanchas, sin destino, como cascajo en la playa, i vaporinos maniaguadas por onde uno se dé vueltas, i en los despachos, juerte del puro aconcagüino, con música i tonáas i bailoteo. Si aquello parece un Diciocho pa toa la vía!

—¡Por la méchica! dijo D. Paico, i uno aquí fregao con barro, frio, hambre, sed; sopla pacá, amaina pallá i redepente ¡cataplum! una zambullida perra i se acabó; cargadito a su casa; dos velas e sebo i al pantion a dar de comer a los usanos.

—Vean ahora, dijo doña Pancha, en toítas partes finan los cristianos; unos boca arriba, otros boca abajo; la misma muerta no mas es, i el que es

pobre a ónde irá, hombre de Dios, que no tenga que reventar; en este valle de lágrimas, como dice la salve, naides se escapa; los ricos se mueren conforme a los pobres.

CAPÍTULO XIV.

EL fiel Copito, compañero inseparable del nunca bien logrado Poroto, languidecía poco a poco, no se sabía si por la pérdida de su compañero o por la escasez del rancho, venido mui a menos en los tiempos últimos; por esta razón doña Pancha lo dejó mui bien recomendado en casa de D. Paico, ya que no podía llevarlo a bordo; respecto a las gallinitas trintres, mucho tiempo hacía ya que se habian sacrificado, una a una, para salvar el decoro de la familia Mella, en sus días de prueba.

El estrado, las estampas de la Emulsion de Scott, los catres de perniabiertos bancos, tres o cuatro sillas cojas de manufactura carcelaria, el brasero de cancahua etc. etc. fueron adjudicados al mejor postor, no en subasta pública sino al menudeo i con su correspondiente *rejatiadura*. Lo único que salvó doña Pancha de este remate fué la obra escultórica de la santera de Notuco: una virjencita anémica i llorosa de cipres, dentro de su correspondiente nicho con cortinas que habian sido azules. Era como el dios penate de la casa, que habia

presenciado impasible los días risueños i nublados de la familia Mella.

Unas cuantas lágrimas i abrazos i ya está la familia Mella instalada a bordo del Magallanes, en viaje de mudanza de condicion para Punta Arenas.

Van recorriendo los mismos puertos por donde pasaron años atras, en la modesta i desgraciada Esmeralda, de su éxodo de Viluco, buscando tambien mejor acomodo; pero entonces la familia estaba completa, no diezmada por la desgracia, el vicio i la deshonra.

¡Qué encontrados sentimientos combatían el ánimo de doña Pancha, exacta representación de la mujer isleña, trabajadora, prudente, resignada; fuerte i digna en la desgracia, orgullosa en medio de su miseria i siempre honesta en el abandono del marido ausente o enviciado!

—Vengan, máma, decíale Coché, ¿ven ustés aquellas islas que se divisan allá abajo? De ahí salieron aquellos judíos de Nahuelhuen i de Ñancúpel.

—Vos no eras nacido tuavía, Coché, cuando sucedió esas fachurías. A Nahuelhuen lo afusilaron en Ancud; ícen que no confesó nunca su culpa es que, muero inocente es que decia. Ñancúpel la paó en Castro, si no me arrecuerdo mal. Ambos los dos eran unos condenaos i dende entonces se acabaron los piratas; asina como los brujos de Quicaví, la cueva no mas ejaron con aquel Usía de don Rodríguez que les mató el imbunche maor.

—Aquí anda a bordo un vecino de estos luares, dijo Coché, cuando se manda a contar las fachurías de estos indios no acaba nunca; íce que sus ma-

yores los conocieron mucho i bebieron con Nahuelhuen i Ñancúpel, en un mesmo vaso si que.

—Tu padre lo mesmo, Coché; cuantas veces no me icía: hoi me trujo Ñancúpel en su chalupa. Icen que era un cristiano conforme a nojetros, no tenia naíta de imbunche ni de trauco.

Seis dias despues desembarcaban los viajeros en Punta Arenas, i se instalaban en un cuartucho redondo, que un paisano de Ancud, antiguo mayor-domo del vapor «Chiloé», le tenia subarrendado a Coché para la familia.

Este ex-marino, que se llamaba Aniceto Perez, tenia casa propia i bien surtido despacho de licores i abarrotes, con los apetitosos sartones de cholgas, piures i navajuelas ahumados, oriundos de la ínsula, que alcanzaban en esa plaza precios fabulosos, como raras esquisiteces de mesas faraónicas.

Allí iba a parar la jente isleña que venia de Castro adentro o de Ancud o de las estancias de por allí; era como una especie de consulado ad-honorem, en que el uso, la bonhomía i situacion comercial i conocimiento de la localidad, por parte del ciudadano Perez, le daban las patentes de su cargo, sin nombramiento supremo. Para la falta que le hacía a él el Gobierno de Chile, el del famoso pago, en aquella tierra de trabajo i de progreso, sin rastro alguno de la empleomanía de Chiloé, en que todo el mundo clama por ser maestro de escuela, fraile franciscano, o curita liberalote de villorrio, o paco, o marinero del Resguardo, o milico, o patron de bote. Nada, nada, viviendo entre tanto gringo de distinto caráuter, fiuras i con las idiomas diferentes, naides pensaba en flojiar i el que

lo hacía, no hai compadrito ni aparcerero, al hespital a mantenerse.

Así se espresaba D. Aniceto con todos los paisanos que llegaban por primera vez del Archipiélago, buscando la tierra prometida de las libras esterlinas, de los ternos de ropa por los suelos, de las carnes ahumadas i jamones carneriles succulentos.

Sí, todo eso habia a la mano i mucho mas aun; pero para emplumar con ello habia que comenzar por botar la plumilla del dulce farniente chilote; habia que ser hombre honrado, como D. Aniceto i no ratero de porquerías como los que van a Valdivia u Osorno i se desgracian i ensucian la provincia entera por un queso o freno colchado guasuno, por un mal caballo, un saco de harina de Collico o una manta norteña de abigarrados colores.

A los pocos dias despues, doña Pancha i la Maica encontraron trabajo de lavanderas, i comenzaron a averiguar el paradero de la Llollo, entre la colonia paisana. Coché Maía entraba al bien remunerado gremio de cargadores, en donde el que es vivo, honrado i vigoroso recibe sus ocho o mas pesos diarios. Pejerrei no venia a Punta Arenas hacía algunos meses, ocupado en la estancia del Puerto Porvenir.

— ¡Máma, máma, entró diciendo una tarde la Maica, de vuelta de su entrega de lavado, por D. Chaqueta acabo de saber que la Llollo está mui mala en l'hospital; la llevaron *hecho cheque* a la pobre es que, porque cuasi no podia caminar de maanta; hacen como dos semanas.

— ¡Virjen de Candelaria, madre i señora mia! ¿Qué haciendo que no vamos en el auto a vela, la pobre?

Coché averiguó bien i los datos recojidos corroboraron lo dicho por la Maica; pero no se podia ir al hospital aquel dia, porque no era de recibo, sino hasta el domingo próximo, dos dias mas.

Doña Pancha, entretanto, se puso a arreglar unas camisas i demas ropa para su hija; la Maica, compró con sus ahorros crecientes harina i manteca i le frió unas sopaipillas a la usanza de la Tierra.

Coché, mas retraído, esperaba con ansiedad el domingo; algo le habia chocado en lo que le contaron sobre la conducta de su hermana, cuya vida licenciosa habia escandalizado casi a la colonia, i daba que hablar a tres o cuatro austriacos despacheros, que habian sufrido merma considerable en sus negocios i en su salud, con el trato íntimo de la infeliz Llollo.

El sábado en la noche llegó Pejerrei de Porvenir i se impuso en el muelle ya, de la llegada de su madre i de la familia Mella, i se dirigió a saludarlas.

Despues de los apretados abrazos i recios sacudones de manos, entraron en esplicaciones.

Desde que Pejerrei era estanciero visitaba a Punta Arenas por segunda vez, para ver a la paisanada i palrar un poco de la tierra, como para guardar en el Banco sus buenos ahorros, cuyo monto no tenia presente, pero pasaban de un par de cientos. Al saber que la Llollo estaba en Punta Arenas i enferma en el hospital, se aflijó en extremo i quedó en acompañar a todos en su visita del Domingo.

La impresion fué desastrosa. De la simpática, rolliza i alegre Llollo quedaban solo los ojos verdosos, que la fiebre i la flaqueza agrandaban es-

traordinariamente, sobre las violáceas ojerás, i las hermosas trenzas color pasa del Huasco, que ocultaban desordenadas sus descarnados hombros.

Por un largo espacio no se oyó mas que un solo sollozo, entre suspiros desgarradores.

Habia sufrido mucho la infeliz; pero siempre sostenida en su miseria última por algunos piasanos caritativos.

Su hijo murió a los quince dias de nacido; una vez repuesta, comenzaron los asedios apremiantes de los voraces extranjeros, que concluyeron por dejarla en tan miserable estado, del que ya no podia salir para la vida sino para su temprana muerte. No seria ella la primera, ya se le habian adelantado su papá i Mañuco i ellos la recibirían allá i la perdonarían, como la perdonaban los presentes, sobre todo su máma, su buena máma i el constante Pejerrei, que debia saber ahora por qué no correspondía gustosa a su cariño en Ancud. Ahí estaba la buena Maica, que podia hacerlo feliz aun, en un pueblo en que por ser escasas las mujeres, se las disputan nacionales i extranjeros, de ese puerto cosmopolita.

A ella no la habian dejado en paz: asechanzas, anticipos, regalos, promesas de ponerle casa amoblada, todo le ponian por delante, como banderillas de fuego al toro cansado, perdido ya el instinto de la propia conservacion.

—¡Cállate, por Dios, por la Vírjen de Candelaria, nuestra madre, no disfaríes, le respondió sollozando doña Pancha, i para atenuar en parte siquiera la culpabilidad del pasado libidinoso de su pobre hija, vos no tienes la culpa cuasi, le decia, pobre hija desabaldonada; esos perros judíos, esos

gringos condenaos fiuras son los que malean a las mujeres; allá entre nuestra cristiandad no pasan estas cosas, pobre Llollo!

—Asina es, doña Pancha, seguia Pejerrei ¿cuándo pué allá, en toda la isla grande se ven conforme aquí salones con mujeres pintadas, esperando asina como los coos, en las oraciones, al parroquiano que la festeje i le dé sus riales?

Como habia llegado la hora de retirada para las visitas, recibió la Llollo los regalos, ropa i consuelos de su familia, junto con las lágrimas i besos de su madre, a quien retenía la enferma entre sus brazos descarnados con ansia febril.

Con los ojos lacrimosos, pensativos, regresaron todos a la casa; doña Peocha consolando a su desventurada comadre; todo por amor de Dios, le decia, qué le vamos a hacer pué, mujer maor, pa sufrir hamos nació i feliz el que se va, porque no paece.

Pejerrei, al lado de la buena Maica, seguia cabizbajo, rumiando allá en sus rudas interioridades las palabras de su antigua prometida: «áhi tienes a la Maica, ella puede hacerte feliz tuavía».

Solo Coché, abarcando el rosario de las desdichas de su familia, se forjaba un programa de sacrificios i trabajos, para realizar un proyecto que hace tiempo hormigueaba dentro de él sin cesar.

Antes de llegar el nuevo domingo, espiró la Llollo lejos del cuidado de los suyos. Fué velada en la casa de su madre, acompañada en esta ocasion i en el casi suntuoso entierro, por todos los paisanos, que fueron avisados oportunamente por el cónsul Perez i algunos extranjeros tambien, entre

los que se contaría tal vez alguno de sus inícuos explotadores.

CAPÍTULO XV.



LOS recios vientos del verano puntarenense siguieron los frios i nevados invernales, que dan motivo a la jente acomodada de aquella amalgama cosmopolita, para patinar en lagunas ad-hoc, que les recuerdan la patria ausente al austriaco, ingles, español, aleman i frances, i en cambio hacen mas dolorosa la vida del pueblo trabajador, en su mayor parte isleños chilotes no acostumbrados al rigor de la nieve, causa principal de la inestabilidad en esta rejion, de los tres mil o mas paisanos que van allí por períodos mas o ménos largos; pero no para establecerse definitivamente, como los que se desparraman por los fértiles llanos de la Union, Osorno i fábricas valdivianas, en donde, si prosperan, concluyen por renegar de la Tierra, no por falta de cariño, nó, sino para evitar los altercados que se orijinan, cada vez que un valdiviano o llanquihuano provoca con pullas mas o ménos mortificantes al poco bien mirado chilote, como las siguientes:

«Dos al bote, un chileno i un chilote.»

«¡Qué tierra tan fértil, hasta los árboles dan

piureles!» (Aludiendo talvez a racimos de cerezas maduras).

—¿De dónde viniendo?

—De Castro aentro.

—¿Qué trayendo?

—Jamon de cuchi.

—¿Jueto, maño! ¿cómo estan pué?

I demas espresiones de uso corriente entre la jente lugareña del interior de la Provincia, cuando el aislamiento, por carencia de elementos de locomocion, mantenía al isleño ignorante de los usos i costumbres de otras rejiones mas adelantadas.

Hoi que el ferrocarril recorre la mitad de la isla grande, i en que una flotilla de vapores, amen del ferrocarril de Puerto Montt, los ponen en rápida comunicacion con el resto del pais i con la capital del Archipiélago, el afan inmoderado de viajar del campesino insular acabará, como ya acaba, con aquel lenguaje característico que no tiene la *buena i clásica entonacion* del norteno, con usos i costumbres propios i, mas que todo, con su ridiculizada sencillez, de hombres incautos por lo veraces, supersticiosos por lo ignorantemente creyentes.

Para aquella época no mui lejana estampa el escritor de costumbres sus observaciones, no para ponerlas en la picota del ridículo sino para salvarlas del olvido o de la indiferencia de aquellos que no siguen de cerca las palpitaciones de ese gran corazón que se llama Pueblo.

*

—¿Me dí un suelazo con aquella nieve condeña, ¡ave María purísima de nuestra madre Can-

delaria! que cuasi me desconchavo, entró a su casa diciendo doña Pancha, una mañana de abundante nevada. Me pasé a caer por devisar de lejos, reculando, el cuarto boñicho que puso Coché con Pejerrei!

Doña Peocha, que vivia en compañía de la familia Mella, miraba entretanto de reojo a la buena Maica, que sonreía ruborosa.

Es que al nombre de Pejerrei, la complicidad las acercaba, como que era ya cuestion resuelta entre ellas i entre ellos, el casamiento de la Maica con el ahora grave i laborioso Pejerrei.

Doña Pancha no estaba aun en el secreto, querían evitarle con la noticia el doloroso recuerdo de la reciente muerte de la Lollo. Esperaban que el tiempo i las relativas comodidades de que comenzaba a gozar, borrarán de su semblante el sello angustioso de su última pérdida.

Tiempo habia para esto; como vivian juntos i por otra parte la inquebrantable honradez de la Maica era para poner a raya a un ejército de austriacos, nada se perdía en esperar; antes al contrario, con la demora entraban diariamente al cajon del mostrador si no las suspiradas libras esterlinas, por lo menos chauchas i pesotes que incrementaban el negocio, aumentaban los fondos de reserva i procuraban la manutencion jeneral.

Pero habia que pegar fuerte mañana i tarde; carreon por aquí, chalupa por allá; un viaje penoso a la tierra en busca de papas i mariscos, i en retorno unos paquetes de tabaco de contrabando, media docena de cajas de bombones, otra entera de frascos de perfumería de tres al cuarto, veinte o mas ruedas de cigarrillos Bastos completaban el inter-

cambio comercial con la Ínsula. Pero cuánta untadura de mano: frasquito aquí, paquete allá, bombones acullá, habia que tapar bocas envidiosas, i todo por una pirquinería de negocio en que nadie quedaba *choco*, ni el comerciante ni el fisco.

Si lo hiciera en grande siquiera, como en pasados tiempos, cuando la Aduana no acechaba, cuando los cajones salían impunemente en los puertos intermedios, con ricos jéneros, impermeables tiesos, cajones de olorosa piña i damajuanas de vinos extranjeros, con cigarros puros senadores i diputados lejítimos, no de pega, hechizos, como muchos que se sientan i gastan olímpica prosopopeya en los sillones del Congreso i que no cumplen en su mayoría inmensa con las aspiraciones de progreso i bienestar de las provincias que representan así, tan aina.

I ahuchando tesoneramente prosperaba sin reveses el negocio, hasta que Pejerrei, libre ya de temores de un porvenir incierto, unió su suerte a la de la buena Maica, que entró en el despacho a reemplazar a su marido en los viajes comerciales que emprendía a los alrededores.

El dia del casamiento, doña Peocha, abrazada a su hijo Pejerrei, con lágrimas de alegría, le decía:

—Naidas conoce mejor a sus hijos que la madre. Tuavía me recuerdo, Miel, cuando te ije en tiempos pasados que vos no serías feliz con la finadita Llollo, que Dios haiga perdonao. Ahora te diré que con la Maica será al reves. La que es buena hija como ella, ónde irá que no le vaiga bien. Nuestra madre, la Vírjen Santísima, les conserve la salud i vida, hijos, porque ya las madres de

ustés no sirven pal trabajo i estan viejas che-
llenques.

En uno de sus últimos viajes a Chiloé en busca de artículos comestibles, observó Coché que algunos caballeros de Punta Arenas establecieron en Castro un Banco; que dos austriacos se enriquecían en una puntilla cerca de Castro, sembrando repollos por miles, que salaban i esportaban despues para otros países; que la propiedad rural subía enormemente de precio i habia gran demanda de parte de ricachos puntarenenses, que formaban un gran sindicato; que la propiedad urbana seguía un alza paralela mientras escaseaban por las grandes demandas del norte i de Magallanes, a fines de año, las papas i mariscos, que alcanzaban precios fabulosos.

I comenzó a trabajar en él el deseo de volver a su pródiga tierra de Viluco, despertada despues de un prolongado sueño de estagnacion a la bulliciosa vida de activas i variadas labores, desusadas hasta entónces; a esa tierra que se compraba antes por leguas con un cajon de tabaco, con media docena de hachas destroncadoras o una pipa de aguar-diente, i que ahora codiciaban los millonarios de Punta Arenas, los multiplicados jermanos de la Laguna, estrechos ya en sus terruños trabajados i esplotados a fondo, que no pueden producir mas, para mantener la familia que no cabe ya en la casa colonial modesta ni en la hijuela dada vuelta al revés i al derecho, como chaqueta vieja, zurcida i relavada que queda estrecha aun al hijo menor de la familia.

¿Qué sacaba Coché con acumular dinero en su depósito bancario, si no tenia ni casa propia ni un

palmo de tierra siquiera para enterrar mañana los huesos de su anciana madre?

I en él hablaban con elocuencia vehemente, con patológicas obsesiones, las varias jeneraciones de ruda vida campestre que gravitaban sobre sus espaldas encorvadas por herencia de siglos del pesado destripar terrones, que comenzaban a redondearse, atrofiadas por el ocio i la alimentacion metódica, i que pedían de vez en cuando a los brazos, en convulsivos estremecimientos, el manejo del gualato o de las lumas.

I así fué como al atardecer poético de un dia primaveral, sentados a la puerta de su modesta vivienda los miembros de la familia Mella, dijo Coché, despues de un prolongado silencio:

—No aguanto mas, máma, la tierra me tira i basta ya pa paecer soleá. Aemás, los neocios se malean, a bordo hai mucho ojo i no ejan pasar ni un *duja*. Yo no soi chicatoro, máma, no se ésten afinrando que la plata me cambée el caráuter; lo mesmo me da tenéla que no; lo que ahora clamo son unas tierras para trabajálas a mi gusto, i onde naides me iga «no estas en lo tuyo, sino Coché es su propio dueño.»

—¡Ai! hijo, tu madre soi i onde me lleves, ahí estaré a gusto; cierto que aquí dejamos a la pobre Lollo solita; pero allá Mañuco con su padre me esperan tambien ¿qué mas vivirá esta vieja chellenque?

Pejerrei, la Maica i doña Peocha accedieron tambien gustosas al imperioso deseo de Coché, de volver al calor del terruño abandonado, dejando para siempre las nevosas tierras magallánicas, que en-

frían el cuerpo i el alma, para obtener la posesion de un puñado de monedas.

I quedó resuelta la partida para fines del mes de Octubre; entretanto se irían realizando poco a poco las existencias ya mermadas del despacho «Las Guaitecas», como decia el letrero que Coché mandó fabricar i poner sobre el dintel de la puerta de su negocio, cansado ya de prosperar como tierra empobrecida que ni la lamilla fecundiza en su ayuntamiento con el brillante i afilado gualato, o con el grave i esperto arado, que ya se va enseñoreando de las pampas chilotas, para su mejor i mas estenso cultivo, i para concluir con el cuento de

¿Dónde irá el buei que no are? (A Chiloé).

CAPÍTULO XVI.

DON Inacio, vecino respetable de Viluco, estaba felicísimo, poco tiempo despues; así se lo decia al Cura i al Preceptor; aquel su sobrino Coché, hijo del finadito Usebio, se venia a establecer del todo en las cercanías de Chonchi, con toda la familia i la Maica casada con un austriaco ricachon (era Pejerrei i así se escribe la historia).

—Trujo mi sobrino, decia, una juerza de báules, escopetas con sus capas, tapaítas, polainas de cuero, mantas de los gauchos arjentinos, un fonógrafo que habla i canta de lo lindo, con músicos de todas layas i estrumentos i muchas otras prendas, lo

vieran de bonitas que son. Tamien trujo un par de ovejas merinos, con un carnero como buei i unas gallinas castellanas mejoradas.

Todo el vecindario, atraído por estas noticias, fué desfilando en visitas interminables ante la presencia de la familia Mella, cuyo jefe recordaban con cariño los aparceros que trabajaron con él en la minga última de la techaúra de la casa de D. Reusindo.

Reunidos una noche en casa de éste para festejar a los recién llegados, despues de tocar la concurrencia muchos temas, asomó la nariz la vehementemente politiquería lugareña. Rebatiendo al Cura de Viluco, que era un gran politiquero, decia el Preceptor, dirijiéndose a D. Inacio, D. Bauchi i D. Reusindo, liberales de buena cepa, en medio de un ambiente ultramontano, defensor a raja tabla, por medio de curitas i seglares de escaso número i humilde procedencia, dentro i fuera de la capilla desmantelada i fria que se abria i se cerraba a escape, como una tumba cuyos despojos no se desea ver, de derechos adquiridos sobre los feligreses pacientes i fervorosos de mejores dias, cuando de capitán a paje, o de gobernador a edil, se honraban con pertenecer a santas archicofradías o con ser la guardia suiza que llevaba el palio episcopal en las rejias procesiones de ordenanza.

— Ya veremos, decia el Preceptor, si con los contingentes personales de su sobrino D. Coché i del rico austriaco, marido de la Sra. Maica, no cambiamos la faz de Viluco i hacemos enmendar rumbo a nuestros adversarios. La instruccion que nuestro pueblo recibe en el Rejimiento Chiloé, la instruccion que adquiere con sus repetidos viajes a las

Provincias cercanas, la enseñanza de sus deberes de ciudadanos libres que deben recibir ya desde la escuela en forma práctica, mas la reforma de nuestra lei electoral viciada, habran de modificar en lo futuro nuestra representacion parlamentaria, haciéndola de una vez por todas lo mas rejional posible.

¿No seria, D. Inacio, dígame Ud., verdaderamente ridículo que teniendo nosotros en Chile hombres preparados para representar el poder ejecutivo, dentro i fuera del Pais, con honra, dignidad, amor i sabiduría, fuéramos a buscar este representante a la Arjentina, a Bolivia, al Ecuador, nuestras hermanas vecinas?

Así ¿no es tambien, no diré ridículo sino extraño, que teniendo nosotros los chilotos, llanquihuanos, valdivianos etc., los provincianos, en jeneral, buenos hijos, profesionales o no, honrados, dignos, ilustrados, de independendencia económica, que conocen de cerca nuestras necesidades, como el hijo conoce las necesidades de su familia, tengamos que recurrir al emporio de la bullente politiquería chilena, a la panacea de donde sale barnizado todo lo mejorcito de los distintos ramos de la humana actividad, a Santiago, que es la marca de fábrica, *trade in germani*, aunque la procedencia sea remotamente lugareña?

¿Por qué hemos de recibir nosotros mercaderías que no conocemos, muchas veces averiadas o que no tienen el valor que representan, cuando nuestro suelo produce si no superior, i a veces, sí Sr. D. Inacio, mui superior en todo sentido, a lo menos igual?

—I dónde deja Ud., Sr. Preceptor, la camarilla voraz e intransijente e imperiosa que se formaría

al lado del representante rejional, compuesta de sus parientes, compadres, vecinos i amigos? ¿Qué independencia puede tener un hombre maniatado así?

—Para el progreso de las localidades que no son el centro del pais, su meollo, seguía imperturbable el Preceptor, ¿qué inconvenientes acarrearía la representacion parlamentaria rejional, ya que las provincias no imponen, sabias o ignorantes, tal sistema? ¿Acaso no rodean al provinciano sin patente i al patentado en Santiago las mismas camarillas voraces i tragonas que querrían todo para ellos i sus secuaces?

Es necesario, pues, D. Inacio, que en el próximo período se la juguemos a los curitas; se acabaron ya las *mingas electorales*, que cada partido siembre i coseche sus papas sin ayuda de vecino; allá el curita con sus partidarios lleven si quieren al mejor josefino de la Isla; así como los come-frailes radicalotes pueden llevar al mismo imbunche de la cueva, que nosotros llevaremos uno que no sea sotanudo ni herejote, entre dulce i agrio, el virtuoso término medio de Aristóteles, como nos decía en la Escuela nuestro Profesor de Filosofía.

Lo que hai de verdad en todo esto, Sr. Cura, es que una camarilla de Santiago, politiqueros de profesion, tiene supeditadas a las provincias i se imponen audazmente a ellas, como a los inquilinos de sus haciendas hipotecadas; Chile es un organismo anormal, en que el enorme desarrollo de la cabeza, Santiago, absorbe toda la vitalidad de los demas miembros.

—¿Qué hombre tenemos, D. Bauchi, decia poco despues D. Inacio a sus vecinos; este maestro quisieran tener muchos pueblos; si no juera pobre,

ahora mesmo trabajáramos por él, como el mejor candidato para redotar esos jutres santiaguinos, que despues de servidos, si tei visto no me acuerdo ni de tí ni de tu pueblo!

A otra familia que partía a Magallanes en busca del vellocino de oro, compraron Coché i Pejerrei sus tierras de seis cuabras, con su casa, campanario i raquíptico manzanal seecular, mas los útiles de labranza respectivos.

I entonces se calmó la fiebre nostálgica de Coché. En los primeros tiempos, sus brazos entumecidos i torpes por el ocio, se ajitaron, revolvieron i rompieron con bríos de titánicos aquel suelo que otros acababan de abandonar, tentados por el deseo de lo desconocido, por el demonio de la codicia, por el espíritu andariego del isleño, por el loco afan de medrar de golpe en industrias no soñadas.

Pocos años despues, la habitual rutina, el ocio i la indiferencia mahometana concluyeron por cambiar a Coché en el tipo comun rejional.

Doña Pancha se durmió una noche invernal, despues de un ataque agudísimo de reumatismo cardíaco, con la serenidad de una honrada conciencia.

— ¡Nuestra madre Candelaria! fueron sus últimas palabras.

La Maica tiene ya un Pejerreicito, base del futuro cardúmen que no falta al pobre i mas si el padre ha sido pescador infatigable, gran gastrónomo de piures i navajuelas, como Pejerrei I.

Coché, mudo i reconcentrado, abandona el guatlato por el baston de quila del scout, i todas las tardes hace esploraciones por el lado de Rauco, en busca de una veta que quiere esplotar por sí solo, si a ello le ayuda la hija de D. Reusindo, el de la

minga de techaúra, de la que está perdidamente enamorado.

I como continuar dando mas datos sobre la familia Mella es entrar en un círculo vicioso, porque, establecidos ya todos los personajes modestos de este trabajo de costumbres lugareñas, muertos unos, casados otros, i enamorados los demas, su descendencia ha de seguir, como las golondrinas, fabricando el mismo nido en el mismo lugar, con ausencias mas o menos largas de aves emigratorias, caeríamos en un enorme pleonasma, damos por terminada la trabajosa VIDA ISLEÑA.



Vayan estas pocas líneas, a modo de moraleja, a restringir siquiera, ya que no sería posible abolirla, la costumbre inveterada del agricultor chilote, que en inmenso número descuida sus tierras incultas para irse en pandillas a Valdivia, Osorno, La Union, a fecundar con el sudor de sus miembros resistentes el suelo de sus burlescos explotadores.

Si este flujo i reflujo semestral de la ola isleña, que va como las aguas del Nilo, a fertilizar con el trabajo tierras de otras provincias, se tradujera en mayores comodidades para el hogar chilote, con el dinero adquirido; en el cultivo mas estenso i racional de sus pampas improductivas; en el mejoramiento de sus costumbres, santo i bueno. Salgan a millares, desparrámense por donde quieran, hagan prosperar lo que sus manos toquen; derriben selvas seculares i conviértanlas en menuda leña; arranquen de sus profundos alvéolos los dientes ennegrecidos por el humo de las grandes i vandálicas

quemas, de los soberbios robles, mañíos, laureles i canelos; trituren la tierra vírjen de simiente i riéguenla con el sudor de sus frentes tenaces; todo esto i mas pueden hacer en aquellas provincias que todo lo esperan de ellos, como las pampas argentinas de las periódicas invasiones de labriegos italianos.

Pero vuelvan, al fin, a su terruño con las mismas costumbres sanas, patriarcales de sus mayores; no pasen de Bertoldos a Pedros Úrdemales; vuelvan con idéntica tenacidad a labrar sus abandonados campos, haciendo sus siembras mas estensivas, no concretándose solo al exiguo primerizo i al par de chiguas de cebadilla o trigo, sembradas ab-initio en los mismos lugares limpios, cercanos a la casa rústica, por temor de echar abajo matorrales improductivos que podrían darles el cuarenta por uno, como han obtenido algunos colonos laboriosos en sus vírjenes hijuelas; vuelvan siquiera a mejorar sus chozas rústicas con el dinero adquirido, a darles cierto relativo confort, a librarlas de los estragos del viento, de la lluvia i de la humedad del suelo; mejoren sus semillas i la condicion de sus animales dejenerados de tiempos remotos por la mala alimentacion, por la crudeza del clima i por la falta de razonables cruzamientos con razas superiores.

Entonces si que progresaría esta rica tierra que está diciendo con los ~~mujidos~~ de su tormentoso, pero pródigo mar, con el ~~silbido~~ de sus vientos huracanados i con el monótono golpear de la lluvia sobre los techos ~~pendientes~~, que ella es jenerosa para devolver con ~~erces~~ el cariño que el labrador le manifiesta, ~~cada vez que abre~~ sus entrañas, abona sus surcos i deja despues descansar poco tiempo, para reponer sus fuerzas.

Ni sequías ni nieves esterilizan ni queman las simientes que se le confían; para lo que ella da i promete centuplicar no pide cauces de riego ni soles caniculares; se contenta con los dones que recibió.

La papa, la betarraga sacarina, el lino, estos tres productos, trabajados con esmero i conciencia por cada dueño de una hectárea, de diez o ciento, bastarían para cambiar la faz de la Provincia, pasando de la categoría de hermana pobre i humilde al rango de mimada primojénita, tenida como buen partido.

Que este ensayo literario, primero de su especie en cuanto al jénero, produzca en plumas mas espertas una digna emulacion, i en mis paisanos, tenidos hasta ahora erroneamente por sencillos, rudimentarios i pacatos, la restriccion de su vagar continuo i el mejoramiento de sus ricas tierras incultas i de sus métodos rutinarios de pesquería, en los fecundos e inagotables fiordos de su poético Archipiélago, para el engrandecimiento de la VIDA ISLEÑA.

Darío Cavada C.

Ancud, Junio de 1914.



Obras del mismo autor:

«Chiloé» (rasguños acerca de su ilustracion, comercio, agricultura, industrias i costumbres).

«Lector Chileno» (libro de lectura para los liceos del sur).

«Ortografía académica, chilena i fonética».

«Florescencia», un tomo de poesías.

EN PREPARACION:

«Cuentos didácticos».

«Artículos de costumbres».

«Cuentos morales».

